

Como más velero navegó en descubierta y á fines de Julio se aparto de la Armada, á la altura de Guadalupe, tras un corsario de doce cañones por banda, á quien dió alcance y con gran osadía, habiendo perdido su vista el convoy que quedó haciendo aguada en la isla, se emparejó con el enemigo empenándose en un combate desigual que se prolongó hasta las horas de la noche en que muy maltratado mudó el adversario su derrota, amaneciendo Echeverri con su navío desaparejado. Prosiguió su navegación á Santa Marta, con los tercios de la gente enferma y muchos muertos, donde debía esperar la armada que llegó al otro día y juntos salieron para Cartagena, con veinte hombres menos, muertos y oleados, y él mismo incapacitado por fuertes calenturas, con tiempo tan recio que á más de la suya desarbolaron dos naos, entre ellas la capitana del cargo de D. Antonio de Isasi, perdiendo la conserva de la flota. Siguió á Cartagena y á dos leguas del puerto, en la isla de Barú, dió el navío en los arrecifes y se estrelló salvándose todos en los árboles y vergas y permaneció en el cayo durante quince días hasta sacar la artillería y habiéndolo conseguido pasó á Cartagena desahuciado, donde estuvo más de veinte días en cama y apenas convalecido volvió á embarcarse con su gente y artillería para Portabelo en otro patache que le dió su general. De regreso á Cartagena con la plata salió toda la flota para la Habana navegando delante para reconocer los cayos, y entrando en medio de ellos les entró un norte tan fuerte que fué dicha escapara cada uno por donde pudo. El grueso de la armada llegó á la Habana, donde se tuvo por segura la pérdida de Echeverri, quien con tres navíos más de los menores arribó de nuevo á Cartagena, uno desarbolado y los demás haciendo mucha agua, siendo el suyo el más descalabrado. Aderezado del mejor modo que pudo, sin esperar á los otros, volvió á salir en busca de la armada, pasando otras dos tormentas peores y entrando por último en la Habana rendidos de fatiga, donde halló á su general. El año fué desdichadísimo, porque entre los destrozos de las dos flotas de Nueva España y Tierra Firme se perdieron más de tres mil hombres, doce millones y cinco naos grandes, sin otras muchas pequeñas.

FRANCISCO SERRATO.

(Se continuará)



CUESTIONES BÍBLICAS

LA BALLENA

I

La generalidad de los escritores, especialmente los antiguos, haciendo causa común con el vulgo cristiano, atribuyen á la Biblia la creencia de que fuera ballena el monstruo marino que se tragó al profeta Jonás vivo y le expelió á tierra, incólume también, después que le tuvo en el vientre tres días enteros. Paréceme infundado y erróneo ese juicio en lo que atañe á dicho animal. En efecto: los lugares bíblicos de referencia (Jon II, 1-2-14.—Mat. XII, 40), así en los primitivos textos hebreos, ó siro-caldáicos mejor dicho, como en la célebre versión Vulgata Latina, solo emplean el término genérico de *pez*, *pez grande*, *monstruoso pez*, sin especificarlo en parte alguna.

Por otro lado la ciencia y la razón natural misma abogan unísonas contra la traducción tan universalmente aceptada hasta nuestros días, como se desprende de las siguientes consideraciones: 1.^a La ballena no es pez, á pesar de tener su forma y vivir en agua, sino un mamífero cetáceo que, sobre carecer de escamas, tiene sangre caliente, amamanta á sus pequeñuelos, y se vé obligada á subir á la superficie del agua para respirar el aire como los animales terrestres, hasta el punto de que moriría si permaneciese bajo el agua más de media hora; luego si fué pez el monstruo marino que engulló al santo profeta, y se estampó esa palabra en las Escrituras por inspiración divina, no pudo ser la ballena. ---2.^a La ballena, además, tiene su gáznate ó tragadera tan estrecho, no obstante su fenomenal volúmen, que apenas pasaría en él la mano de hombre, un arenque ni otros peces de regular tamaño, por lo que se alimenta de animalitos que en colonias innumerables flotan en

la superficie del mar; menos pudo por consiguiente engullir vivo é íntegro á Jonás y arrojarle de igual manera.—3.^a Se sabe también que la ballena no mora en el mar Mediterráneo, lugar del suceso histórico en cuestión, aunque á veces, rarísimas por cierto, se deje ver en él incidental y transitoriamente; el santo misionero por ende mal pudo ser sorbido en el expresado mar por la ballena y retenido en el vientre de esta durante tres días y tres noches.—4.^a Aún concedido por el momento y para mayor abundamiento de pruebas que hubiera podido haber alguna ballena en el Mediterráneo en el tiempo preciso ó á la hora misma en que Jonás fué lanzado á él por los compañeros de navegación, una mole tan colosal como las ballenas no pudo acercarse suficientemente á tierra para dejar en ella al cautivo de tres días en el seno de la bestia marina. Recuérdese á este propósito que los enormes cetáceos alcanzan 35 metros de longitud y un peso de 250.000 kilogramos, esto es, lo que pesan 40 elefantes ó 4.000 hombres próximamente, es decir todos los habitantes de una ciudad de regular importancia. ¡Si por su enorme magnitud han sido confundidas las ballenas en distintas ocasiones con los islotes del mar! De las consideraciones expuestas se deduce que el monstruo marino tragador del mensajero divino no pudo ser, no fué seguramente la ballena.

Lo más probable es que lo fuera el pez denominado *Carcharia* por los latinos, ó el que nosotros llamamos *Tiburón*, y eso por varias razones.—1.^a Por la naturaleza y condiciones que al efecto concurren en dicho animal. Es el más feroz y temible de los peces, como que destruye una cantidad muy considerable de otros peces, acomete á la misma ballena, devora todo cuanto encuentra y es llamado por esta razón *can marino*. Tiene diez metros de largo, treinta mil libras de peso, una boca grandísima situada debajo de la cabeza y no en el hocico como los otros peces, y fauces anchurosas.—2.^a Porque entre los peces de primera magnitud que habitan en toda la extensión del Mediterráneo por el Sur de Europa, el Norte de Africa y una parte del Asia Occidental el más numeroso es el tiburón, como que tiene adquirida una celebridad que raya en vulgar, dentro de los países bañados por el mencionado mar.—3.^a De conformidad con las ideas que preceden consta de autores fidedignos la antropofagia del tiburón en el mar Mediterráneo. Valmont de Bomare, entre otros, en el artículo que titula *Requin* (tiburón) hace relación de algunos de estos animales que fueron aprehendidos en las costas de Marsella y Niza, y en cuyos

estómagos se hallaron hombres en estado íntegro. Otro escritor, el señor Muller, cuenta también que en el año 1759 habiendo caído un marinero en el Mediterráneo, al instante fué devorado de un solo trago por la descomunal boca de un tiburón; pero que herido luego este monstruo, arrojó al hombre que había engullido, bien que lesionado algún tanto. Y cuando más tarde capturaron á este mismo tiburón se vió que medía diez codos de largo y cuatro de ancho. (1) Muy bien podía pues Jonás tener cabida en las espaciosas fauces y entrañas del antropófago marino en cuestión.

De todo lo cual se infiere la probabilidad de que las Escrituras, al emplear los susodichos vocablos *pez grande* y *pez mónstruo*, aludiesen al can marino ó tiburón, y de ninguna manera á la ballena, que no es pez, ni tiene garganta para sorber á un hombre, está además muy lejos de ser antropófaga, ni vive en el Mediterráneo, al menos de asiento, ni podía aproximarse á la orilla lo bastante para dejar en ella al misterioso huésped de su vientre, debido al fenomenal tamaño del cetáceo. Si se me objeta que, por tratarse de un acontecimiento muy milagroso, pudo la ballena y cualquier otro animal marino internar en su cuerpo y repeler de él á Jonás, contestaré que, según principios de la Hermeneútica Sagrada de acuerdo con la sana crítica, no deben multiplicarse los milagros sin necesidad, esto es, cuando sin ellos ó con menor número se explica satisfactoriamente un hecho; lo que podría yo probar con muchísimos ejemplos de la Biblia, tal como el de que habiendo Jesús resucitado á su amigo Lázaro, muerto de cuatro días, no levantó empero milagrosamente la losa que cubría el sepulcro, ni le soltó las ataduras que el extinto tenía en los piés y manos, sino que ordenó que otros lo hicieran; evitando la vana ostentación de milagros superfluos. Y si se insiste en que la antigüedad cristiana, y también la pagana en la persona mitológica de Hércules, divulgaron la tal idea de ballena, replicaré que era un tributo que debían á aquellos tiempos, en que se desconocían la naturaleza y propiedades de la gigantesca bestia marina.

BLAS PRADERE, *Pbro.*

San Sebastián y Octubre de 1903.

(1) Véase Pansens, *Herm. Sacr.* Sect. CLIX. Dif. lib. Jon. núm. 401 y sus citas infrascritas.



VICENTE DE MANTEROLA

(Aniversario de su muerte)

El mismo año del fallecimiento de Fernando VII (1833) nació en San Sebastián, en la calle Juan de Bilbao, número 15, piso tercero (se quieren más detalles?), pues allá van: en la misma casa en donde se encuentra desde antiguo el tan conocido establecimiento tipográfico de Baroja, y vivió después en la de Narrica, esquina á la calle ya citada, donde estuvo establecida la oficina de correos, el que andando el tiempo había de ser sacerdote, político, escritor notable y admirable orador.

Era diácono cuando el obispo, sin haberlo solicitado el joven Manterola, le concedió licencia para predicar.

En Salamanca recibió el doctorado; en Pamplona explicó latín, retórica y griego, y en el Instituto municipal de San Sebastián desempeñó varias clases en los cursos de 1859-61.

En 1862 publicó su célebre folleto titulado «Ensayo sobre la tolerancia religiosa en la segunda mitad del siglo XIX».

En 1866 fundó en Vitoria *El Semanario Católico*, en cuyas páginas escribió numerosos trabajos.

La revolución de Septiembre señaló á Manterola un nuevo período de su vida.

Fué elegido diputado por Guipúzcoa; en las Constituyentes tomó asiento en los bancos de la minoría carlista.

El gobierno trató de presentarle para una de las sillas episcopales vacantes, pero Manterola anunció que no aceptaría.

Acudió á las Cortes precedido de una gran fama de orador, y de ahí el interés con que se oyó su primer discurso, pronunciado el 12 de Abril de 1869 combatiendo la totalidad del proyecto de constitución.

Desde entonces se le contó entre los primeros oradores de aquellas memorables sesiones; mas también pudo conocerse que empleaba, no las armas del orador sagrado, sino las del enardecido político.

Para juzgar su campaña parlamentaria bastará recordar que tuvo por adversario al insigne Castelar, y que los discursos de uno y otro forman una de las páginas más brillantes de la elocuencia española.

Publicó diversos folletos, llamando extraordinariamente la atención los que tituló «El espíritu carlista» y «D. Carlos ó el petróleo», encaminados á demostrar que una cosa era el absolutismo y otra el despotismo.

Por los años 1881 predicó en Madrid, á cuyos sermones acudió todo lo más notable y selecto de la corte, dedicándole unánimes y entusiastas elogios la prensa toda, sin recordar para nada al cura que fué político.

Habiendo ganado por oposición una canongía en Toledo, la conservó hasta su muerte, no sin que necesitara sostener ante la Rota un pleito contra el cabildo.

Fruto de grandes estudios, un verdadero monumento literario é histórico, es su obra «Afirmaciones católicas».

Murió en Alba de Tormes el año 1891, concurriendo la población entera á sus funerales, y su cuerpo fué sepultado en lugar preferente.

El clero y el vecindario de aquella villa dedicaron al ilustre donostiarra enterramiento decoroso, y sobre su tumba grabaron este epitafio:

*«El Ultmo. Señor
Don Vicente de Manterola
Penitenciario de la S. I. C.
Primada de España,
Exmagistral de las de Málaga y Vitoria
exdiputado á Cortes, etc.
Falleció en esta villa
el 24 de Octubre de 1891.
R. I. P.
La villa de Alba de Tormes
como tributo á su memoria»*

Esto lo han hecho allí, fuera de casa. Los de aquí debemos estar agradecidos.

También, como tributo á su memoria, debe ponerse en esa casa de la calle de Juan de Bilbao otra lápida con esta inscripción:

«Aquí nació D. Vicente de Manterola».

El recuerdo no será ni de blancos ni de azules, será de los admiradores del eminente orador español.

FRANCISCO LÓPEZ ALÉN.





EL PROBLEMA DEL PAN

Solución de la crisis agrícola por aumento y abaratamiento de la producción

POR

EL CONDE DE SAN BERNARDO

(CONCLUSIÓN)

Demostración.—Hacer la cuenta exacta de cuanto valen todos estos gastos.

La atmósfera contiene 79 por 100 de ázoe libre que, absorbido por las bacterias que existen en las raíces de las leguminosas, queda en el terreno y ayuda á formar la planta; como el oxígeno que también da la atmósfera y el hidrógeno el agua; precisamente por eso saben por experiencia todos los labradores, sin explicarse la razón, que los cereales que se ponen después de las leguminosas dan siempre un rendimiento mayor.

Demostración.—Todos los análisis de tierras demuestran que las que han llevado leguminosas dejan en el suelo más ázoe que el que antes había, y en la práctica se desarrollan espléndidas sin darles nitrógeno. Experimentando unas con adición de nitrógeno en el abono y otras sin él, crecen de igual manera.

Como no puede haber vegetación exuberante sin ácido fosfórico, potasa, cal, nitrógeno y materia orgánica, sin la cual no surten los abonos la plenitud de sus excelentes efectos, el mejor abono será el que proporcione estos elementos que se han de comprar en una ú otra forma con menos coste.

Demostración.—Obtenido el mismo resultado, cuanto menos se gaste más beneficio sobrará.

Para que se puedan formar 18 hectólitros de cosecha han de encontrar en el suelo sus constituyentes, que son:

Acido fosfórico, 20,44 kilos, que son en superfosfato ó escoria 150 kilos y cuestan pesetas.	16
Potasa, 35,20 kilos, que son en cloruro 80 kilos y cuestan.	26
Azoe ó nitrógeno, 32,40 kilos, que son en nitrato de sosa aproximadamente 200 kilos y cuestan.	74
	116

y materia orgánica, que es lo que constituye el llamado abono completo por contener todos los elementos que forman el vegetal.

En el sistema de cultivo extensivo actual, ó no se dan abonos, en cuyo caso la cosecha es poca y como consecuencia cara y pierde el labrador, ó en el intensivo hay que comprar ácido fosfórico, potasa, cal, ázoe y materia orgánica, cuyo coste encarece también la producción; luego si por medio de una leguminosa que *pagó su coste* con su venta ó aprovechamiento por el ganado, se suministra al suelo la materia orgánica por su gran cantidad de raíces, y el ázoe, que cuesta tan caro, es absorbido gratuitamente de la atmósfera, bastará suministrar ácido fosfórico, potasa y cal, para tener un abono completo con minimum de coste. Este procedimiento, pues, reúne, á la economía del cultivo extensivo, todas las ventajas de mayor producción del intensivo, y como consecuencia, el hectólitro al precio más económico posible, y con él asegurado el beneficio en el mercado de concurrencia universal.

Este es, fielmente interpretado, el resultado que se consigue con el sistema ó método de la inducción del ázoe por todos los que lo siguen, pues deja en la tierra más del necesario para equilibrar el ácido fosfórico y la potasa que se agreguen para obtener grandes cosechas.

II

Aun cuando el precio de producción es sumamente variable, por las condiciones especiales de cada labrador, la proporción entre los tres distintos sistemas se mantiene muy semejante para la comparación, aun poniéndoles en una producción mínima, y por consiguiente tan desfavorable al nuevo método entre los promedios siguientes en seco:

Cultivo extensivo	Cultivo intensivo	Método de inducción de ázoe																																																				
<table> <tr> <th>Ptas.</th> <th></th> </tr> <tr> <td>Gastos de cultivo y semi-lla.</td> <td>180</td> </tr> <tr> <td>Renta y gastos generales. }</td> <td></td> </tr> <tr> <td colspan="2">Aumento por mayor perfección en el cultivo</td> </tr> <tr> <td> } Superfosfato, 150 k.</td> <td>90</td> </tr> <tr> <td> } Potasa, 180 kilos.</td> <td>16</td> </tr> <tr> <td> } Azoe, 150 kilos (1).</td> <td>26</td> </tr> <tr> <td>Abonos. }</td> <td>60</td> </tr> <tr> <td>18 hectólitos</td> <td>372</td> </tr> <tr> <td>18 hectóls.</td> <td>312</td> </tr> </table>	Ptas.		Gastos de cultivo y semi-lla.	180	Renta y gastos generales. }		Aumento por mayor perfección en el cultivo		} Superfosfato, 150 k.	90	} Potasa, 180 kilos.	16	} Azoe, 150 kilos (1).	26	Abonos. }	60	18 hectólitos	372	18 hectóls.	312	<table> <tr> <th>Ptas.</th> <th></th> </tr> <tr> <td>180</td> <td></td> </tr> <tr> <td>90</td> <td></td> </tr> <tr> <td>16</td> <td></td> </tr> <tr> <td>26</td> <td></td> </tr> <tr> <td>60</td> <td></td> </tr> <tr> <td>372</td> <td></td> </tr> <tr> <td>18 hectóls.</td> <td>312</td> </tr> </table>	Ptas.		180		90		16		26		60		372		18 hectóls.	312	<table> <tr> <th>Ptas.</th> <th></th> </tr> <tr> <td>180</td> <td></td> </tr> <tr> <td>90</td> <td></td> </tr> <tr> <td>16</td> <td></td> </tr> <tr> <td>26</td> <td></td> </tr> <tr> <td>60</td> <td></td> </tr> <tr> <td>372</td> <td></td> </tr> <tr> <td>18 hectóls.</td> <td>312</td> </tr> </table>	Ptas.		180		90		16		26		60		372		18 hectóls.	312
Ptas.																																																						
Gastos de cultivo y semi-lla.	180																																																					
Renta y gastos generales. }																																																						
Aumento por mayor perfección en el cultivo																																																						
} Superfosfato, 150 k.	90																																																					
} Potasa, 180 kilos.	16																																																					
} Azoe, 150 kilos (1).	26																																																					
Abonos. }	60																																																					
18 hectólitos	372																																																					
18 hectóls.	312																																																					
Ptas.																																																						
180																																																						
90																																																						
16																																																						
26																																																						
60																																																						
372																																																						
18 hectóls.	312																																																					
Ptas.																																																						
180																																																						
90																																																						
16																																																						
26																																																						
60																																																						
372																																																						
18 hectóls.	312																																																					
<table> <tr> <td>Producto: 7 hectólitos.</td> <td></td> </tr> <tr> <td>Deducido por valor de la paja</td> <td>45</td> </tr> <tr> <td>135</td> <td></td> </tr> </table>	Producto: 7 hectólitos.		Deducido por valor de la paja	45	135		<table> <tr> <td>7 hectolitros</td> <td></td> </tr> <tr> <td>19 ptas. el hectólito.</td> <td></td> </tr> <tr> <td>14 »</td> <td></td> </tr> </table>	7 hectolitros		19 ptas. el hectólito.		14 »		<table> <tr> <td>18</td> <td></td> </tr> <tr> <td>212</td> <td></td> </tr> <tr> <td>11</td> <td></td> </tr> <tr> <td>14</td> <td></td> </tr> </table>	18		212		11		14																																	
Producto: 7 hectólitos.																																																						
Deducido por valor de la paja	45																																																					
135																																																						
7 hectolitros																																																						
19 ptas. el hectólito.																																																						
14 »																																																						
18																																																						
212																																																						
11																																																						
14																																																						
Precio de concurrencia.																																																						
(1) Se ponen nada más que 150 kilos, en lugar de 200 que necesita la cosecha, deduciendo lo que da la tierra.																																																						

El cuadro explica con toda claridad que el precio del hectólitro es más caro con el cultivo extensivo, porque se producen muy pocos, y que con el intensivo por exigir más gastos, aun cuando por haber más cosecha se reduce el coste tampoco se podría ganar al precio de concurrencia, y en ambos la necesidad de los derechos arancelarios para la vida de la agricultura nacional, así como que con el método de la inducción del ázoe se vencen todas las dificultades.

III

Algunos ejemplos de resultados obtenidos en Italia, en donde el método es únicamente conocido, cuya exactitud es fácil comprobar, así como la semejanza de su clima y tierra con la de España y el promedio de producción de trigo de 10 hectólitros y una lista de las leguminosas más comunes, completarán á los labradores el juicio de los beneficios que está á su alcance conseguir.

EJEMPLOS

En Mayo de 1891 solicitaba Solari, del comicio Agrario de Parma, que nombrase una comisión que sobre el terreno examinase el resultado obtenido en diez años por su sistema de cultivo en su finca de Borgasso, que adquirida en poco precio por la mala calidad de su tierra, alcanzaba ya entonces un promedio de 27 hectólitros de trigo por hectárea. Nombrada una comisión oficial y verificada la visita, el informe dice que examinada la finca, conocida de antiguo entre las más estériles de la comarca, la inteligente obra de su dueño la ha elevado al más alto grado de fertilidad.

Luis Rocca, propietario del Certosino, inmediato á la propiedad de Solari, le propone que si eleva en tres años la producción de su finca, de siete hectólitros que produce á 20, y le enseña el procedimiento, le entregará 20.000 liras; hecho cargo Solari de la dirección de la finca, al segundo año produce 26 hectólitros y al tercero las diferentes clases de tierra, desde 21 á 36 hectólitros; la máxima en los sitios donde el primer año se habían dado ya abonos minerales á la leguminosa.

El conde Mocenigo Soranzo de Cremona posee, entre otras, la tierra llamada «Guglielmina», término municipal de Resana, provincia de Treviso, arrendada en 818 liras, cuyos arrendatarios nunca alcanza-

ban, por las malas condiciones de la tierra, á pagarlas íntegras, y tuvieron que cesar. El dueño, empleando el método de Solari, obtiene al segundo año 32 hectólitros por hectárea, y un colindante ofrece 1.450 liras de arrendamiento, con la condición de que le enseñe el procedimiento.

COLONIA AGRÍCOLA DE REMEDELLO SOPRA, BRESCIA

Constituída una Sociedad anónima para la adquisición en 200.000 liras de las 150 hectáreas de que constaba la hacienda vendida en 1895, porque su dueño no alcanzaba á un promedio en trigo de 6 hectólitros, con un producto bruto de 16.000 liras, y perdía en su cultivo, se entregó la dirección para plantear el sistema Solari de la inducción del ázoe, al inteligente agricultor P. Bonsignori, y los resultados son los siguientes:

	Producto bruto Liras	Cabezas de ganado mayor
1.er año: 1895-96	30.000	30
2.º año: 1896-97	48.000	50
3.er año: 1897-98	65.000	80
4.º año: 1898-99	66.000	110

Dividendos líquidos en cada año, 7 por 100.

Hecha la tasación de la finca en 1900, resulta con un valor de 240.000 liras por aumento de fertilidad; 40.000 liras en cinco años 8.000 liras anuales, ó sea el 4 por 100, que, añadido al 7 de los dividendos repartidos, hacen 11 por 100 de beneficio anual.

LEGUMINOSAS CULTIVADAS EN ESPAÑA

<i>Lathyrus sativus</i>	Almorta.
<i>Erbum lens</i>	Lenteja.
<i>Erbum ervilla</i>	Yeros.
<i>Vicia calcarata</i>	Alberjana.
<i>Vicia sativa</i>	Titos ó guijas.
<i>Cicer arietinum</i>	Garbanzos.
<i>Pisum sativum</i>	Guisantes.
<i>Faba vulgaris</i>	Haba.
<i>Phascolus vulgaris</i>	Judías.
<i>Erbum monanthus</i>	Algarroba.
<i>Medicago sativa</i>	Alfalfa.
<i>Onobrychis sativa</i>	Esparceta.
<i>Trifolium</i>	Trébol.
<i>Lupinus</i>	Altramuz.
<i>Arachis</i>	Cacahuet.
<i>Hedysarum coronarium</i>	Zulla.

El General Arteche y sus obras



IV

Dicho ya, aun cuando no con la detención que deseara ni lo que de sí exige la materia, algo relativo al libro que pone el nombre de Arteche al lado de los de Moncada, Prescott y A. Macaulay, muchos creerán que á él solo se contrae la actividad intelectual de su autor.

Nada menos cierto; pues al mismo tiempo que Arteche escribe la guerra de la independencia, le queda tiempo para escribir una *Geografía histórico-militar de España y Portugal* que por cierto fué premiada en el congreso internacional de ciencias geográficas celebrado en 1875.

Da á la imprenta su hermoso libro titulado *Un soldado español de veinte siglos* en el que la profundidad de los juicios asombra más que el trabajo invertido en su obra de la lucha napoleónica; en ese tomo es donde se halla uno con un historiador verdad.

No se contenta con estas labores; siente en su alma española algo que todo español siente siempre, ese germen que durante ocho siglos de sangre constituye nuestra lucha contra el moro, y la «*Descripción y mapas de Marruecos, con algunas consideraciones sobre la importancia de la ocupación militar de una parte de este imperio*», brotan de su pluma unida en esta ocasión á la de un insigne geógrafo y militar ya fallecido, el coronel de ingenieros D. Francisco Coello.

En estos estudios geográfico-históricos tampoco echa en olvido su condición de militar y escribe la recopilación de cuantos datos y conocimientos puedan ser necesarios á los oficiales de todas armas en el servicio de campaña; el oficial del E. M. de la división expedicionaria á los Estados romanos, titula esa obra *Agenda Militar*.

En dos tomos narra episodios interesantes bajo el título de «Nieblas de la Historia Patria», hechos poco estudiados, nieblas que el ilustre anciano desgarró con la luz potente que de su inteligencia brota.

Esta es, en total, la obra realizada por D. José Gómez de Arteche y Muro; esta es la labor de ochenta y tres años de vida, y eso que no cuento las innumerables conferencias dadas en distintos centros y legión de artículos publicados en multitud de revistas y periódicos; asombra, maravilla que haya podido realizar tal trabajo, sobre todo, considerada su intensidad.

Soy muy poco amigo de rectificar mis opiniones; comprendo que aun cuando el yerro es patrimonio de los seres, si á los ignorantes nos quitaran la terquedad y el amor propio ¿qué nos quedaría?, y por ello no me gusta modificar mis impresiones, pero cuando me convenzo de un error lealmente lo proclamo; en algún artículo mío afirmé rotundamente que de los contados historiadores modernos, dignos de tal nombre, ninguno era español; equivalía á decir que en los tiempos modernos en España no ha habido un historiador, cuando lo afirmé dije la verdad, en parte, dado que la Historia militar de 1808 á 1814 no se hallaba terminada; hoy he de rectificar mi juicio y consignaré con gusto que hay uno: el general Gómez de Arteche; si hay quien lo dude, con leerse despacio los catorce tomos de su obra sacará el convencimiento de mi dicho; si hay quien comience á hacer comparaciones, que lea las obras cuyos autores compara, que haga un estudio razonado, una diserción de ambos libros y exceptuando á Melo, Moncada y Hurtado de Mendoza no es fácil hallar otro alguno en el que tan bien se junte la veracidad del historiador con los conocimientos del sabio y la justicia del crítico.

Durante un siglo se ha estado clamando por una narración verídica de la guerra contra el desterrado en Santa-Helena, una narración en que reivindicásemos los laureles que otros pueblos descaradamente se ciñeron por boca de escritores fantásticos ó cínicos; un ilustre patricio, diputado en las cortes de 1812, escribió la «Historia del levantamiento, guerra y revolución de España», pero al ocuparse de tan memorables hechos omitió el conde de Toreno el aspecto militar de la continuidad, punto de vista de que no cabe separarse en hechos que tienen su realización por la fuerza; por ello se publicó la obra del insigne asturiano y seguimos careciendo de una historia; se publicaron opúsculos, libros, folletos y seguíamos en la misma carencia y así hubiéramos continua-

do á no ser por la labor del general Arteche, quien al dar por terminada su obra y sentado á meditar sobre sus ruinas, según la frase de Núñez de Arce, al dirigir su vista al pasado, al comprender la obra realizada, al ver la ofrenda á su madre España, el cantor de las glorias de Tarragona y Astorga verá su nombre unido al vencedor de Bailén, al del defensor de Zaragoza, al del hijo de las montañas corsas, porque aun siendo grandes sus hazañas, si no hubiera hombres como Arteche ¿quien las conocería? moriría su recuerdo como su vida, si no hubiera un Arteche que les condujera á la inmortalidad perpetuando sus hechos y entrelazando sus nombres con el del cantor de sus glorias.

ANGEL DE GOROSTIDI.

CUESTIONES BÍBLICAS

II

GIGANTES

La sagrada Escritura en diversos lugares habla de gigantes ú hombres corpulentísimos, de seres humanos de extraordinaria estatura. (Gen. VI, 4.—Núm. XIII, 32-34.—Deut. II, 20-21.) Del guerrero y rey de Basán, denominado Og, dice que tenía un lecho de hierro que medía nueve codos de largura y cuatro de anchura, tomando por tipo el codo de un hombre. (Deut. III, 11.) Y del filisteo Goliath, cuya celebridad es notoria en el mundo civilizado, afirma que tenía de altura seis codos y un palmo; el cual traía un almete ó morrión de acero en su cabeza, estando vestido de unas corazas ó planchas que pesaban cinco mil siclos de metal ó sea más de seis arrobas, y sobre sus piés llevaba grebas ó botas de cobre y un escudo de acero en sus hombros; el asta de su lanza, finalmente, era como un enjullo de tejedores y el hierro de la lanza tenía seiscientos siclos de hierro ó diez y ocho libras próximamente. (I Reg. XVII, 1-7.) ¡Qué hombrón y cuan fornido no debió pues ser este gigante! Los naturalistas empero en odio á la Religión

revelada y por espíritu de oposición sistemática á todo lo que tenga sabor bíblico, niegan la existencia de gigantes; pero porque les merecen fé la Historia profana y los hechos contemporáneos, nada más fácil que probarles por estos medios hasta la evidencia la parte afirmativa de la Biblia.

En efecto, escritores tan preclaros y verídicos como Plinio (en su Historia Natural, lib. 7, cap. 16), Plutarco (en la Vida de Sertorio), San Agustín (en la Ciudad de Dios, lib. 15, cap. 9), Habicot (en su Gigantología), y otros, nos atestiguan de un modo indubitable haber habido en diversos tiempos y lugares seres humanos de variadas y colosales dimensiones. Aduciré algunos casos. Plinio, en su obra dicha, cuenta que un tal Gabbarin que vivió en Roma bajo el imperio de Claudio, alcanzó nueve piés y nueve pulgadas de altura, y que otro denominado Nevio Polión había sobrepujado en un pié entero á los hombres de la mayor estatura habidos en aquella época. Habicot en su obra citada refiere haberse hallado unos huesos con la inscripción de Teutoboco, rey de los Teutones, los cuales (huesos) tenían veinte piés de longitud. Y según publicaron los periódicos ingleses, en el año 1719 fué hallado en aquel reino cerca de la ciudad de Salisbury un cadáver de nueve piés y cuatro pulgadas de largo. Concedo de buen grado que el cadaver del gigante Atis, hallado por Sertorio, según cuenta Plutarco en su libro mencionado, no tuviera sesenta codos como se dice; y que tampoco otro cuerpo humano que, á causa de un terremoto se halló en una montaña de la isla de Creta, alcanzara cuarenta y seis codos, como escribe Plinio en su libro susodicho; supongamos también finalmente, salvo el grandísimo respeto que se debe á San Agustín, que el fenomenal diente que vió este santo en Utica no fuese como cien dientes humanos juntos, según afirma él, ó que lo fuera de algún animal, que todo cabe; pero así todo, aparte de alguna exageractón ó equivocación que darse puede en determinados casos, es imposible negar la existencia de gigantes en términos absolutos, según debe colegirse de la ciencia y veracidad de los escritores, testigos oculares muchos y auriculares otros, de los hechos que en la materia narran con los más minuciosos detalles y circunstancias todas; como así mismo debe inferirse de los repetidos casos contemporáneos, innegables por ende é indubitables.

Tal es, entre otros, el que presenciábamos años atrás en la persona del corpulento guipuzcoano llamado Joaquín Eleicegui, y *Alzo-ko*

aundiya por antonomasia, el coloso de Alzo, por ser esta pequeña villa rural, poco distante de Tolosa, la en que nació el 10 de Julio de 1818 en el caserío *Ipintza-zarra* y murió el 20 de Noviembre de 1861, es decir, á los 43 años y cuatro meses de edad. En el apogeo de su desarrollo físico, que fué desde los 22 á los 25 años de su existencia, alcanzó *dos metros y treinta centímetros* de longitud por *dos y cuarenta y tres* de latitud (extendidos los brazos), con un peso de *diecisiete* arrobas y *diecisiete* libras españolas, sin haber sido nunca obeso, no obstante su apetito voraz que sin inconveniente alguno le hacía engullir una arroba de *sagardua* al día y proporcionalmente los manjares. A los 18 años de su edad fué cuando comenzó á llamar la atención de todas las gentes por los lugares de su tránsito, particularmente en la industrial villa de Tolosa, á donde conducía carros de leña y los descargaba de piés con toda holgura, sin subir á ellos al uso de los boyeros. Pronto se hizo célebre nuestro gigante en toda España y aún en una gran parte de Europa, como que por consejo y en compañía de unos explotadores suyos, al principio, y de la de sus allegados en segunda excursión, visitó Bilbao, Barcelona, Pamplona, Zaragoza y otras poblaciones principales de esta nación, Portugal, Francia é Inglaterra, al efecto de recaudar dinero; exhibiéndose y causando admiración á cuantos deseaban verle, incluso las familias reales de las expresadas naciones, que no desdeñaron de solicitar la presentación del fenomenal bascongado en sus magníficos palacios. Invitado también, y con no poca insistencia, á que se dirigiera á las Américas, siempre lo rehusó por temor á las incomodidades del viaje por mar en camarotes demasiado reducidos para su colosal estatura. En una de sus excursiones dichas por la Gran Bretaña, convocado á cierta reunión propúsosele en ella, inopinadamente, casamiento con una inglesa, corpulenta poco menos que él, y con aquel candor y modestia propios de nuestros jóvenes caseros (*baserritar mutillak*), por toda respuesta dijo á su padre, que á la sazón le acompañaba, *Alzo-ra goazen, aita*: padre, vámonos á Alzo. Palabras concisas pero muy significativas por cierto, que revelan la honestidad de las costumbres de los euskaldunas no degenerados. Añadiré otro detalle en confirmación de la mucha altura del gigante coterráneo nuestro. Católico práctico como era, iba con relativa frecuencia al santo tribunal de la penitencia, y su confesor, que ordinariamente fué D. Ignacio de Odría, párroco de Ibarra, de talla más que regular, veíase necesitado á ponerse de piés teniéndole

arrodillado al gigante, costándoles aún así harto trabajo el tal ejercicio. Digo, finalmente, que muerto el coloso guipuzcoano y colocado su fenomenal cadáver en una monstruosa caja, en el pequeño trayecto de siete minutos que media entre la casa mortuoria y el cementerio, hallaron no pocas dificultades los ocho hombres que se emplearon en la conducción del extinto. Réstame advertir que en prueba de la verdad de mis asertos acerca de este gigante me remito al testimonio de los que le conocieron, le trataron y todavía sobreviven; á los delineamientos que de su estatura existen en uno de los frontones del pórtico de la iglesia de San Salvador de Alzo; al vestuario y otras prendas que usó el difunto, parte de los cuales se conservan en dicho caserío de *Ipintza-zarra* y parte en la Excma. Diputación de Guipúzcoa, para memoria de su fenomenal hijo.

Es pues de todo punto imposible negar que hayan existido gigantes, y de los conocidos en los últimos tiempos debe deducirse lógicamente la verdad de los mencionados en las santas Escrituras, toda vez que, aún prescindiendo del carácter divino de éstas ó su inspiración de lo alto, los autores de las mismas son tanto ó más dignos de ser creídos que los escritores profanos, así por la mayor sencillez é ingenuidad en la narración de los hechos como por la notoria é innegable probidad, veracidad y virtudes de ellos.

Podría reforzar el argumento empleado en pró de la existencia de gigantes, pero lo omito por innecesario.

BLAS PRADERE, *pbro.*



MARINOS ILUSTRES DEL SOLAR BASCONGADO

(CONTINUACIÓN)

Llegado á España se le hizo merced del hábito de Calatrava y tuvo la honra de que el Duque de Ciudad Real mostrara deseos de armarle caballero, «que aunque no es nada para lo que merece, decía D. José de Insausti á D.^a Mariana de Roves, es principio para que le veamos ocupar los puestos que sus servidores deseamos y muy presto podamos dar á Vm. la enhorabuena de una muy grande encomienda; porque todos en esta casa queremos al Sr. D. Juan tiernísimamente más que á hijo y Vm. le tiene el más honrado caballero y de mayores partes y esperanzas que hay en toda nuestra provincia.»

Nuevos viajes á las Indias con varia fortuna y siempre con crédito de nuestros sufridos, y por días más escasos, galeones de la plata, cuyos capitanes no aspiraban ya sino á procurar conducirlos en salvamento de los caudales que se les confiaban burlando con hábiles maniobras al enemigo que creció en pujanza al paso que la debilidad se iba apoderando de nuestras ya enflaquecidas fuerzas, depararon á Echeverri, en puesto de Capitán de galeones, ocasiones de mostrar las excelencias de su espíritu observador, sacando de aquellos sucesos y de las penalidades de la navegación enseñanzas provechosas, traducidas en informes luminosos que dirigidos al Consejo de Indias le valió en 1636 la capitania en propiedad de una compañía del tercio antiguo de galeones.

Aquel año fué infausto para las flotas de Indias, combatidas hasta por la naturaleza con encono tal que desde entonces fué conocido entre la gente de mar por el *año de las tormentas*. Salieron de Cádiz en 26 de Abril los galeones del cargo de D. Carlos de Ibarra y celebra la feria de Portabelo volvieron convoyando la armada de Tierra Firme, divididos por temporales tan fuertes que, después de la almi-

ranta, entraron en Cádiz por Noviembre tras de haber navegado casi derrotados por completo.

«En este viaje—decía Echeverri á su madre—he tenido pocas horas la camisa enjuta ni comido cosa caliente, corriendo siempre á la misericordia de Dios.»

Con su compañía del tercio y acompañado ya de su hermano Domingo en puesto subalterno, sirvió con reputación y crédito en mar y tierra. Embarcó de nuevo con su compañía en la almiranta en principio del año 1637 y después de un viaje penosísimo, tanto como el anterior, desembarcó en Cádiz por Diciembre, hallando orden de pasar á la raya de Portugal á donde marchó y estuvo de operaciones al frente de tres compañías.

En 29 de Abril de 1638 salió de la bahía de Cádiz la armada de galeones del cargo de D. Carlos de Ibarra convoyando los navíos marchante de Tierra Firme, por almirante, D. Pedro de Ursua y Arizmendi, navarro de pura raza, «señor de los palacios de los mismos nombres y de la baronía de Oticoren, capitán general más adelante de la armada de la guarda de la Carrera de Indias, premiado por el Rey con la dignidad de su Consejero de Guerra y los títulos de Vizconde de Ursua y Conde de Gerena». Mandaba uno de los galeones el capitán Sancho de Urdanivia, la compañía del tercio, en la almiranta, D. Diego de Egüés y Beaumont, de antigua prosapia navarra y, para no citar más que nombres basco-navarros, diré por último, que otro de los galeones iba á cargo de D. Juan de Echeverri, á quien acompañaba su hermano Domingo.

El viaje de ida se hizo sin novedad; pero de regreso á España conduciendo los cuantiosos tesoros de la feria de Portobelo y los registros de gran suma de caudales, cerca de las costas de Cuba, á la vista del Pan de Cabañas, descubrióse, en la mañana del 30 de Agosto, por barlovento, desde el tope del galeón Regla, una tras otra hasta diez y siete velas enemigas. Era parte de la escuadra holandesa organizada en Pernambuco, donde, al fin, habrían echado raíces los batavos, dirigida por el famoso corsario Cornelio Jolls, conocido entre los nuestros con el nombre de *Pie de Palo*, por haber sustituido con otra de madera la pierna que había perdido en uno de los diversos combates en que se hallara, en su ya no corta carrera de piratería contra nuestras flotas de Indias. Era poderosa la del almirante holandés, con capitana de 150 cañones y tres naos con tres andanadas de artillería y así las demás por

esta guisa, comparada con la de Ibarra que disponía solamente de siete navíos de guerra no bien pertrechados y faltos, como de costumbre, de la gente necesaria. El primer combate al abordaje fué reñidísimo; todo el grueso del enemigo, hambriento de despojos, embistió, en proporción de cuatro, tres y dos contra uno, á nuestra Capitana, Almiranta y á los galeones de Echeverri y Urdanivia.

Entrar al abordaje con fuerzas tan superiores, á los galeones que más señales mostraban de autoridad y rendirlos, era tanto como apoderarse de toda la flota, que codiciaban, sin que escapara vaso ni carga. Pusieron por obra el propósito y la Capitana enemiga, con tres navíos, atacó á la nuestra y su almiranta, después de ofender con otros dos navíos á la que dirigía D. Pedro de Ursua, volvió hacia nuestra capitana dándola á la vez una carga por sotavento. La del pirata repitió con otras dos y cinco veces la puso fuego, rompiéndola la caña del timón y pinzote. Quedó hecha una boya, herido el general, tres criados muertos y otros tantos heridos, el maestro de la plata, el capitán de la artillería y hasta cincuenta más.

A la almiranta abordó el enemigo por barlovento con la suya, tan juntas, que su cebadera barría nuestro lombés. Echóla un apero, que no tuvo efecto, sembrando la muerte las diversas descargas de mosquetería. Dos navíos más, uno por la popa, sin los que entraban y salían de refresco la pusieron en grave aprieto. Pero al fin pudo zafarse rechazando al adversario, desaparejada, sin vela de gavia, roto de un disparo el palo trinquete, cayó al agua dejando sin movimiento á la nave que se quemaba por muchas partes, muerto su capitán Bartolomé de Rivera y D. Nicolás Larraspuru con nueve más y cuarenta heridos incluso el almirante en un brazo.

Dos nuevas acometidas, aunque á distancia, rechazadas por los nuestros, pues comprendieron cuán dispuestos se hallaban los galeones á perecer hundidos en el agua antes que cayera la plata en su poder, persuadieron al enemigo que aquel tesoro se hallaba en buenas manos. Y después de celebrar consejo varió de rumbo y nos dejó el mar libre.

El destrozo fué inmenso en las dos escuadras, debiéndose al arrojo y serenidad de los jefes el que los nuestros, maltratándolos duramente y matándoles los primeros cabos, se hicieron dueños del mar y que, aun cuando con sensibles pérdidas, llegara, bien que dispersa, algún tanto, nuestra armada á España, después de haber invernado y reparado averías en Vera Cruz, á donde llegó un aviso de España con los des-

pachos del hábito de Calatrava para Echeverri, que se puso en el convento de Santo Domingo con mucho concurso de gente y aplauso de toda la armada.

El gentil hombre que con aviso del suceso envió D. Carlos de Ibarra á S. M. trajo la noticia de que el galeón de Echeverri peleó tan particularmente de los demás que, después de matarle cuarenta hombres, le abrió el enemigo á balazos, siéndole forzoso sacar la plata y entrar en Cabañas á salvar la gente y artillería; y no quedando de ningún servicio lo quemaron.

Sin duda confundieron el navío de Echeverri con el de Urdanivia, que fué según las relaciones que se conocen, al que pusieron fuego; aunque también, por el mal estado en que quedó el de Echeverri hubo precisión de sacarle la plata.

Se dió al suceso en España extraordinaria importancia y tanto como merecía le dió la Côte, que acudió magnífica y fastuosa á dar gracias á Nuestra Señora de Atocha, ofreciendo limosnas por muchos millares en misas cuando se recibió el aviso de que las dos flotas de Tierra Firme y Nueva España, conductoras de enorme tesoro de dos años, habían rendido viaje en Cádiz. Como que, empeñadas todas las rentas desde el año anterior se vivía del crédito con interés crecidísimo á cuenta de aquellas remesas de Indias.

Sin perder momento, ni para descansar siquiera, dispuso que aquellos maltratados galeones, tal como habían llegado, se agregaran á la Armada del Duque de Nájera, en la que sirvió D. Carlos de Ibarra el cargo de Almirante general con promesas de espléndidas mercedes; y no habiendo llenado en Venecia el fin á que fué organizado aquel armamento pasó á las Costas de Cataluña, bloqueadas de las escuadras francesas, y contribuyó en gran manera á la recuperación del castillo de Salces rendido poco antes con escasa resistencia á las fuerzas del Príncipe de Condé.

Siguió Domingo de Echeverri al lado de su hermano Juan que mandaba el mismo galeón que tan bizarramente se portó en Cabañas peleando con los de Cornelio Jolls, y al que hubo de sacársele la plata por lo maltratado que salió del combate. Saltaron los dos hermanos á tierra con la gente de la Armada á reforzar el ejército sitiador, sufriendo las mil penalidades de un invierno crudísimo y las que iban siendo ya propias de aquellas campañas, más famosas entre las tropas que por los resultados favorables de otros tiempos, pues la fortuna nos tenía

ya vuelta la espalda, por las privaciones de todo género que llegó á sufrir nuestro ejército, en quien las enfermedades y la hambre, según expresión de Echeverri, hicieron más estragos que las balas.

Allí acabó sus días y terminó bruscamente su peregrina historia el valeroso general D. Carlos de Ibarra, sin haber gozado las mercedes que se le ofrecieran por los méritos que contrajo en el combate de Cabañas. «Mi general D. Carlos ha muerto—decía Echeverri á su madre—y ha sido á tiempo que me ha hecho olvidar la muerte de Larraspu. Sea Dios bendito por todo. Vino acá (á Salces) con nosotros y se mojó la noche que vino el enemigo; dióle el mal y pasó á curarse á Barcelona», donde entregó su alma á Dios el 22 de Noviembre de 1639.

Rindióse la fortaleza, al cabo, y en principios de Marzo siguiente, de regreso la Armada á Cádiz, después de asegurada la posesión del Castillo, sorprendióla entre Almería y Málaga un espantoso temporal. Se hicieron extraordinarios esfuerzos para salvarla, yéndose á pique tres galeones y dos pataches; garraron la *Concepción* del cargo de Sancho de Urdanivia y el galeón *Regla* en que iba D. Juan de Irraraya. Al de Echeverri, maltratado como ya estaba y agujereado de la broma, pues salió de Rosas con seis palmos de agua en la bodega, llegó á faltarle cuatro cables, manteniéndose milagrosamente sobre el último, cuando el patache de la Margarita, garrando también, se le echó encima con extraordinaria violencia rompiéndole el bauprés. Escupió varias costuras, tragando dos palmos de agua por hora, sin gente útil que diera á las bombas y tan rendida que apenas podía mandar marear una vela, con más de cien hombres enfermos. En tan extremo peligro se resistió Echeverri á mandar cortar los árboles, á que formalmente fué requerido por los demás oficiales.

FRANCISCO SERRATO.

(Se continuará)



INTERESES AGRÍCOLAS



Remolacha azucarera

Esta nueva planta que ha entrado á formar parte de la alternativa de cosechas de Alava merece toda nuestra atención.

Planteada la industria azucarera en Alava y aun caminando al principio con torpe paso para conseguir su adopción entre los cultivadores alaveses, hoy podemos decir que su porvenir está asegurado.

El beneficio líquido que el cultivo de la remolacha rinde es suficiente motivo para que dentro de breve tiempo sea su cultivo una de las principales fuentes de ingresos. Bajo el punto de vista social nada hay mas hermoso que la industria citada de la cual se benefician, suministrando primera materia, tantos y tantos braceros del campo. Su fin económico es altamente humanitario desde el momento que calienta con su dinero tantos hogares, da de comer á tanto pobre necesitado y difunde la riqueza de una manera tan extensa como ninguna industria.

Este hecho traducido en cifras, significa nada menos que la inversión de dos millones de pesetas anuales en el terreno de Alava, beneficiando á pobres y ricos, arrendatarios y propietarios y principalmente al comercio que participa del bienestar de aquellos.

En otro orden de ideas, la creación de la industria citada trae consigo como corolario la modificación de los sistemas culturales, el planteamiento de procedimientos más en armonía con la ciencia agronómica y la adopción de maquinaria de labranza moderna que preconiza los adelantos actuales. Así vemos con gusto que sin ir más lejos, este año han sido vendidos por un constructor de Vitoria, el señor Aranzábal, más de 100 arados bravantes para el llano de Alava y otra porción de esos mismos aparatos por el señor Ajuria, de Araya.

El cultivo de la remolacha azucarera es pues beneficioso al país y

con toda nuestra perseverancia lucharemos para conseguir que la extensión dedicada á este vegetal sea todo lo mayor posible.

Es necesario demostrar al labrador como consecuencia de esto, que la remolacha azucarera no perjudica en nada al cultivo inmediato ni á la tierra donde vegeta.

La remolacha azucarera requiere una mayor cantidad de abonos para su debido rendimiento y como el valor de estos abonos compensa con creces la cosecha y esta deja reservas muy importantes de materias fertilizantes en el suelo, los terrenos donde se hace el cultivo de esta planta resultan necesariamente enriquecidos.

Además, las esmeradas labores de preparación del terreno para la remolacha, así como las sucesivas escardas que recibe, consiguen limpiar el suelo de plantas extrañas y lo dejan en buenas condiciones para cualquier otro cultivo que le suceda. Si este es el trigo encontrará el terreno dispuesto y limpio y en condiciones de rendir una buena cosecha.

La remolacha azucarera, por la profundidad de sus raíces, absorbe las sustancias que les sirven de alimento de las capas inferiores del suelo y en cambio el trigo no profundiza tanto y toma alimento de las capas más exteriores.

La siembra de la remolacha azucarera se practica cuando el terreno está convenientemente preparado con labores de arado bravante y á la profundidad de 0'30 á 0'40 m., bien desterronado, limpio de yerbas y perfectamente igualado. Nos da muy buen resultado la siembra de Abril y aun la de principios de Mayo, por la sencilla razón de que las primaveras son generalmente muy frías y con una siembra temprana no se consigue que germinen las plantas.

La cantidad de semilla varía de 18 á 22 kilogramos por hectárea.

Necesita dos escardas ó tres según el estado del terreno. Téngase presente que conviene escardar en cuanto la plantita tenga cuatro hojas é inmediatamente debe practicarse la operación del entreclaro que consiste en dejar esparcidas las plantas de 15 á 20 centímetros una de otra en la línea, suponiendo que estas estén á 0'40 centímetros.

En esta Granja los resultados responden á lo que nosotros concebíamos respecto de este cultivo.

VICTORIANO ODRIÓZOLA.



EL COLECTIVISMO Y LAS REFORMAS SOCIALES



**Conferencia dada en la noche del 15 de Enero de 1903 por
D. Pablo de Alzola y Minondo
en el Instituto Bizcaino ante la Federación de Sociedades Obreras
de Bilbao**

(CONTINUACIÓN)

IV

El trabajo en los Estados Unidos

Se ha formado el coloso del Nuevo Mundo como resultado de una selección continuada desde que los ingleses se establecieron en aquellas tierras pródigas. Nuestro sistema de colonización consistió en asimilar á las razas indígenas, en convertirlas al cristianismo y en protegerlas con las leyes de Indias contra las depredaciones de los funcionarios de la Corona, mientras en las de origen británico se mantuvo á todo trance la separación de los invasores y las castas aborígenes.

Proclamada la independencia de los Estados Unidos en 1776, cuando solo contaba la República 4.000.000 de habitantes, emprendieron la tarea de fomentar la inmigración llevando razas escogidas, al propio tiempo que acometían la empresa inhumana de desalojar á los indios de sus seculares territorios y destruirlos paulatinamente, como si se tratase de animales dañinos.

Así han constituido un país de aptitudes extraordinarias para la pro-

ducción, y como el sentimiento general de sus habitantes se inspira en una ambición ilimitada de mejorar las condiciones de la vida y elevarse en la jerarquía social, hallanse dominados ricos y pobres por la fiebre del trabajo intenso, que solo pueden soportar los extranjeros dotados de gran vigor para la empeñada lucha por la existencia entablada en la Unión Americana.

Claro está que en una nación así constituida, en donde los hombres capaces y enérgicos se han elevado desde obreros ó modestos empleados á la posesión de riquezas inmensas, en donde se da la mano á cuantos sobresalen por sus aptitudes, y aun los operarios gozan de un grado de independencia y bienestar desconocidos en Europa, ha de haber escaso campo para el desarrollo de las ideas colectivistas, ni para la lucha de clases.

Apenas se ocupan de política en aquella gran nación, ni los obreros, ni los empleados, que solo piensan en cuestiones de dinero y en mejorar la situación. Según un escritor que ha recorrido el país, «las ideas generales y abstractas y los principios idealistas, están abandonados con desdén á los soñadores intelectuales y á las gentes de la Universidad de Boston».

Allí trabajan todos; pero como están siempre lanzados á los negocios, que unas veces salen bien y otras mal, no hay situación definitiva, y tan pronto se enriquecen los yanquis, como aparecen en las listas de las quiebras. No por esto se desaniman; comienzan de nuevo la faena de rehabilitarse, y como aun los hijos de los potentados aprenden un oficio, pasan sin sonrojo, cuando la fortuna les es adversa, de las comodidades del lujo á la labor obscura del taller.

Muchos americanos destinan grandes capitales á promover *el bien público*. Están imbuidos del sentimiento de humanidad y amor al pueblo, según lo demuestran las magníficas Universidades, Institutos, Escuelas, Museos, Bibliotecas, Parques, Hospitales clínicos y Asilos que, además de las iglesias, se erigen por generosos donantes, habiendo ascendido en 1901 las sumas dedicadas á éstas liberalidades á 450 millones de francos. Tales estímulos y la fortuna que en aquel inmenso mercado se labran los inventores de máquinas y de aparatos perfeccionados, mantienen en tensión continua las inteligencias en el camino del progreso manufacturero.

Los padres no se cuidan de preparar la fortuna para que huelguen los hijos, y como éstos saben que la libertad de testar induce á disponer

del caudal, ya sea para dejarlo en su mayor parte al más capaz y laborioso de los descendientes que pueda continuar dignamente la dirección de las empresas creadas, ya para regalarlo á obras de beneficencia y cultura, no tienen más remedio que trabajar con ahinco, á fin de crearse una posición propia que les permita contraer matrimonio. De modo que aun en la familia se hace selección de los mejores, citándose muchos millonarios que legaron rentas modestas á los hijos en quienes encontraban escasez de méritos y cualidades para la vida de los negocios, y así todo conspira hacia un progreso ilimitado, con la acumulación consiguiente de enormes capitales.

Han dado un gran desarrollo á la producción mediante el régimen ultra-proteccionista, que mantienen sin vacilaciones desde la guerra de *Sucesión*. Asegurado el mercado interior de aquella nación, que cuenta con cerca de 80 millones de habitantes, han evitado en muchos casos la competencia, organizan *trusts* colosales, de empresas mineras, siderúrgicas, de carbón, ferrocarriles, gas, bancos, etc.

A su vez han constituido los obreros asociaciones formidables. La Federación americana del Trabajo reúne un millón de afiliados y la de los Caballeros del Trabajo formada con empleados en las vías férreas, unos 200.000. No han reclamado estas Uniones una legislación obrera como la que rige en Europa, aplicándose allí el derecho común en toda clase de conflictos. Se dedican principalmente á la defensa de sus intereses; tienen sociedades de socorros y de seguros; disponen de grandes recursos; se surten solamente en los establecimientos propios; han logrado que se cierre la puerta á la inmigración de chinos, y suelen resistirse á la admisión de técnicos extranjeros.

Las fiestas consisten en las tardes de los sábados, los domingos, el aniversario de la Independencia y la del Trabajo, que celebran el 1.º de Septiembre. Las Uniones desfilan en las ciudades americanas en formaciones de 20.000 á 100.000 trabajadores. Generalmente presiden la ceremonia los alcaldes y municipios; cada compañía lleva sus insignias y banderas; los jefes, montados sobre caballos empavesados con cintas y guirnaldas, van al frente de los batallones que llevan sus músicas, y las obreras, bien ataviadas, van en coches de cuatro caballos, ofreciendo el conjunto un aspecto pintoresco y la demostración de una gran fuerza que, por fortuna para aquel gran país, no se forma de revolucionarios, ni de colectivistas, ni de agitadores dispuestos á derrumbar todo lo existente; y es que el socialismo europeo, como observa P. de

Rossiers en *La Vie Americaine*, se halla en oposición completa, aun en las manifestaciones más inocentes y atenuadas, con el espíritu individualista de los americanos del Norte.

El economista Nitti confirma este juicio en *La economía de los salarios caros*. «El obrero americano no sueña con ninguna transformación notable de cambios sociales, ni con alteraciones profundas, solo ve su interés.» Quiere vivir como hombre civilizado, elevar el nivel de su vida, satisfacer nuevas necesidades, instruirse, no en las discordias políticas, sino leyendo revistas que le enseñen cosas útiles para mejorar en su oficio y criar con esmero y desahogo la familia.

Todo esto requiere un trabajo intenso, recompensado por una retribución alta, obtenida generalmente á destajo. Algunos escritores ingleses, incluso Adan Smith, han sostenido que el salario elevado despierta las energías y la actividad de los obreros. Lord Brassey, hijo del gran constructor de ferrocarriles, que realizó las obras de la línea de Tudela á Bilbao, decía que no resultaban los trabajos más baratos en los países como Italia de jornales reducidos; pero á mi juicio, influyen esencialmente el clima y las condiciones de raza.

Según la información oficial realizada en 1888 acerca del producto del obrero en diversas naciones, resultó en las fábricas de tejidos de algodón:

PAÍSES	Número de telares manejados por cada tejedor.	Yardas fabricadas por semana.	Coste por yarda. — <i>Franco</i> s
Alemania y Suiza.	2 á 3	466	0,303
Inglaterra	3 á 4	709	0,275
Estados Unidos.	6 á 8	1.220	0,200

De modo que á pesar de pagar en América jornales 75 por 100 más caros que en Alemania, salía el tejido una tercera parte más barato.

En las minas de carbón eran los salarios doble que en Bélgica y el coste 8,5 por 100 inferior.

(Se continuará)



Viajeros rencorosos y ratones de biblioteca ó los bascos en el siglo R.

(CONTINUACIÓN)

V

Aunque parezca á destiempo añadiré á lo transcrito en el capítulo III que el cronista de Rosmital dice que «en Cantipalos (junto á Segovia) dan de comer paja á los caballos y bueyes porque no tienen otro pasto» y al salir de Medina del Campo hacia Salamanca «no encontraron en 15 leguas prados ni bosques; los habitantes usaban para hacer fuego el estiércol de los animales y así guisaban su comida; también gastan en lugar de leña césped, que arrancan y amontonan en el verano para que se seque, y sarmientos de viña». Mucho antes de la expulsión de los moriscos.

Y pasemos al siglo XVII. El consejero De l'Ancre, que en 1609 hizo quemar como si fuesen brujos á unos 60 bascos y que pertenecía á la caterva de jueces doctrinarios y ergotistas que en todos tiempos han buscado saciar su apetito condenador por medios apropiados á encontrar delincuentes donde no los hay y á excitar las bajas pasioncillas disolventes de pueblos y familias más que la verdadera misión del juez que ha de ser la investigación de la verdad con la paz social; el consejero De l'Ancre que como muchos modernos hipócritamente escandalizados, procedía de país en que anidan como en casa propia todas las supersticiones amenudo disimuladas pero muy arraigadas entre las personas ilustradas de Francia ó España y no existentes en el país basco más que por contagio; el consejero De L'Ancre tenía contra los bascos una prevención tal, que para justificarla á su modo tiene que recurrir á imputar como crímenes las cosas más inocentes. Les reprocha el que «se alimenten con manzanas y beban sidra, que es también de manzana, fruto de perdición» (!); juicio estúpido, hijo de la preocupación infundada de que fuese un manzano el árbol de la ciencia del bien y del mal; tan infundada si cabe como la de considerar como el pecado original al menos intelectual, aunque si el más cultivado por la ima-

ginación y la conversación cotidiana de otros pueblos; pero no, más probable es que aquel juicio fuese debido en el fondo al paladar estragado ó á la mala dentadura de aquel señor, que de tal calaña suelen ser los últimos ó verdaderos motivos de ciertos atildados escritores; así achacó en la antigüedad Estrabón á los habitantes del Norte de España el que «guisasen con manteca en vez de aceite y comiesen sentados en poyos en vez de echados»; y una marquesa europea del siglo XVII reprocha á las españolas de «malas cocineras entre otras cosas porque no usan manteca y añade que de sillas hay casi nada ó muy poco, pues los españoles como los moros se valen de cojines bajos y no buscan otra comodidad por holgazanería, habiendo ancianas que nunca se han sentado en silla sino en el suelo». Sigue De l'Ancre reprochando á los bascos que «vivan la mayor parte del tiempo al aire libre, porque les hace rústicos y poco decentados y les da aspecto cambiante», cayendo en la misma insensatez que aquel desvanecido escritor del siglo XX esperado con ansia por algunos bobalicones para que desbarre acerca del origen de los bascos, escritor que establece la escala gradual de salvajismo á civilización por el color de la cara, que cree efecto de aquella y comprobable no por lo que veamos con los ojos sino por lo que esté escrito en el relato de cualquier mal observador mal entendido y sus repetidores, de modo que según un testimonio serían negros los enemigos del observador, y según otro serían blancos representantes de la suma civilización las caras pálidas de las mujeres que no salen más que de noche y la cuadrilla de novilleros anémicos que arrastraban el hambre y el nombre de Madrid por las arenas del mediodía de Francia hace siete años. Reprocha también De l'Ancre á los bascos de «vestirse de diferente manera que los de tal ó cual país, de dejar que las doncellas lleven los cabellos sueltos, de tener orgullo y titularse señores y señoras de sus pocilgas (así llama este caballero que presume de bien educado á los caseríos), de descuidar la labranza por la pesca y la navegación (!), en fin, de no tener miedo al mar y de lanzarse alegremente á la espuma de las olas, que en otro tiempo engendró á Venus (vean ustedes un juez católico que cree en la mitología griega, por efecto de la culta latiniparla), Venus que renace tan amenudo entre estos marinos á la sola vista de la esperma de ballena que cogen todos los años (la semiciencia erudita se hace esclava de la palabra y de su etimología por ignorancia del objeto y cae en silogísticas tonterías peores que las mayores supersticiones). Les reprocha el que fumen nicociana (tabaco) 3 ó 4

veces al día, dando según él lugar á que las mujeres les tomen asco y se dediquen á la brujería (por lo visto puede una misma cosa ser distinguida y aromática en boca de Catalina reina de Francia (1) y hacerse asquerosa en boca de nuestros paisanos en el transcurso de una generación). Por lo demás esta nación (los bascos) tiene una maravillosa inclinación al sortilegio; son ligeros y movedizos de cuerpo y espíritu, prontos y apresurados en todos sus actos, teniendo siempre un pie en el aire y como se suele decir la cabeza cerca de la boina (ya lo sabeis, mis queridos paisanos; si no quereis caer en tentación de brujería vestíos calzones prietos de charro que atenacen vuestras piernas, calzáoos escafandres ó *tres tacones de botas* como decía uno de vosotros hablando de los gallegos acostumbrados á mirar de reojo, antes que mover la cabeza buscad para la boina cualquier sitio que no sea la cabeza). Así aborrecen en cierto modo los sombreros y no tienen gusto de verlos en sus *bilsarrs* (sobretudo si son de escribano). Son aficionados, no á la danza reposada y grave (todavía no conocían en los salones aristocráticos el vals ni mucho menos el cake-walk), sino recortada y turbulenta, la que más les atormenta y agite el cuerpo y la más cansada les parece la más noble y decente (la estupidez del moralista cortesano del siglo XVII le conduce á emplear argumentos y apreciaciones que harían suyos cualquier defensor del contagio moderno del arrimo y meneo chulesco). Dígase lo que se quiera son fieles; jamás ví condenar en este parlamento por robo de importancia y conversando en su país no ví pedir limosna ni mendigar más que á extranjeros (no faltará descastado que crea que para progresar el pueblo basco necesite dejar de considerar como censurables el robo y la mendicidad por vagancia). En fin, es la nación más resuelta que haya sido jamás y puedo decir que he visto niños y niñas tan precipitados en todo lo que se les encomendaba que tropezaban con puertas y ventanas hasta herirse de tan aprisa que iban». Esta sí que ha sido en muchas ocasiones la desgracia del basco, su buena y pronta voluntad para con personas y gentes que, como los gitanos demandan el brazo si se les da la mano. Como decía en 1848 un español de muy lejos del país basco (véase EUSKAL-ERRIA 30 Agosto 1903) «distingúense los guipuzcoanos por la afabilidad de su

(1) Y no quieren ser menos que la reina de Francia las *atsuak* del *infernu chikerra*, barrio de Zamudio, ergo no se habrán éstas dedicado á la brujería, aunque sí se expongan á morir abrasadas en pleno siglo XX por fumar en pipa estando acostadas.

trato; por la compostura de sus palabras y por la exactitud con que cumplen sus deberes: nada tan frecuente en Madrid y en todo Castilla que responder con un desabrido *¿qué se yo?* á la pregunta más sencilla de un forastero; allí por el contrario, hasta el mismo artesano que tiene que acudir á su trabajo dirige y acompaña á cualquiera al sitio deseado; no se oyen tampoco en los sitios públicos esas frases groseras que de continuo manchan los labios de los hombres (y de las mujeres) en otros países». Hoy es moda entre bascos desquiciados y desazonados torcer el gesto ante estas *adulaciones*, no porque en la mayor parte de los escritores quedan anuladas por el comportamiento práctico de ellos ó de sus compinches, sino porque aquellos se figuran que es ya hora de decir al basco las *verdades*; entendiendo por tales los esqueletos de teorías medio entendidos de la generación europea pasada aplicados como lecho de Procustes á hechos mal comprendidos, las generalizaciones de vicios individuales no peculiares y otros universales presentados ante un pueblo extraño como cuadro gráfico del pueblo basco, los consejos de anulación insensata de todo un pueblo ante el bizantinismo de cuesta abajo, el calificativo hijo de la pasión política presentado como suprema razón y guía de conducta, las groserías, los insultos, los sarcamos y el pecado de Caín; sin perjuicio de hinchar adulaciones y de encoger verdades á sabiendas respecto de los modernos hunos. Y esta epidemia se refleja hasta en los hechos menudos de todos los días: un día de este verano llegó con su familia al andén de una estación del ferrocarril de la costa un aldeano y no encontraba sitio dónde meterse; su apuro y disgusto no se manifestó al exterior más que por dos ó tres palabras que no le oyó ni el cuello de su camisa y por no tener su fisonomía una expresión sonriente; pues bien, un conductor de no se dónde injerto en bilbaino le metió en un vagón repleto donde no podía ir más que de pie junto á la ventanilla molestando á los demás viajeros y añadió con su característico fraseo atropellado y con gesto aguardentoso «y qué culpa tengo yo de que tenga V. tan mal genio?» La moraleja que sacaría el aldeano es que se acercaba la hora de enseñar á su hijo á tener mal genio de veras.

TELESFORO DE ARANZADI.

(Se continuará)



JUNTA GENERAL DEL MONUMENTO

AL P. ANDRÉS DE URDANETA

CIRCULAR

Un hermosísimo despertar se advierte en las diferentes naciones que forman el gran concierto de la civilización moderna, por consignar de una manera indeleble las glorias de aquellos de sus hijos que mediante el esfuerzo de sus talentos, fueron el orgullo de su país, la admiración del mundo entero.

También la nuestra, que tan alto y eminente lugar ocupa en la historia por los héroes que en todo tiempo produjo, va solventando aunque tarde, la deuda de justicia que les debía ante la humanidad, elevando majestuosos monumentos, que van pregonando por doquiera los hechos extraordinarios que aquellos llevaron á cabo.

Ejemplos fehacientes de esta reacción saludable tenemos en esta nuestra amada provincia de Guipúzcoa, donde con muy corto intervalo de tiempo, el bronce y el mármol han perpetuado, entre otros, el nombre y memoria de figuras tan encumbradas y sobresalientes en el cielo de la historia patria como Elcano, Churruca, Oquendo y Legazpi.

Pero al propio tiempo, sentíase nuestro orgullo como contrariado y abatido ante la consideración de que una de las que más lustre y poderío dió á la patria y más beneficios reportó á la Religión, carecía de un mausoleo que inmortalizase sus virtudes cívicas, su incomparable ciencia y saber y levantado espíritu en favor de la civilización. En esa categoría aparece el P. Fr. Andrés de Urdaneta, natural de esta villa

de Villafranca, el compañero insigne de Legazpi, conquistador y colonizador de las islas Filipinas.

Militar intrépido en sus mocedades, luchó valientemente en las campañas de Italia y Alemania; conocedor experto de los mares, de cuyos secretos parecía poseer la clave, formó parte de la escuadra que debía dirigirse á las islas Molucas, dando pruebas de un valor asombroso, en medio de los trabajos y contrarias vicisitudes por que pasó la flota, en que perecieron Loaisa y el gran Elcano.

En 1552, á los 52 años de su edad, trocó la veste militar por el humilde hábito de la orden Agustiniana, y al poco tiempo, el rey Felipe II, que conocía las singulares dotes de ciencia y virtud de que se hallaba adornado el P. Urdaneta, mandó al virey de Méjico D. Luis de Velasco preparar una expedición al objeto de completar la conquista y colonización de las islas Filipinas, con la especial prevención de que fuese dirigida por el hábil cosmógrafo P. Urdaneta. El remate felicísimo que tuvo aquella jornada es bien conocida de todos, para que nos detengamos á referirlo aquí. Baste decir, en elogio del P. Urdaneta, que merced al tacto especial que supo desplegar en semejante ocasión, la historia de la conquista de tan ricas posesiones, se nos presenta limpia de todos esos borrones, tintos en sangre, que preceden y siguen á toda obra de dominación, rodeando por tal motivo el nombre de Urdaneta de una aureola de inmarcesible gloria, y cubriendo de lauro á la nación española.

Por esto, honrando España y singularmente Guipúzcoa al P. Urdaneta, honra á sus hijos predilectos y contribuye á perpetuar uno de los hechos más culminantes de la historia patria. Si hasta ahora no se ha cumplido con esta obra de reparación y desagravio, no pueden, no deben consentir los amantes de las glorias nacionales que pese más tiempo sobre sí, la fea nota de desagradecidos.

Con este objeto, se proyecta erigir en esta villa de Villafranca un monumento al P. Fr. Andrés de Urdaneta, que sea claro testimonio de la admiración que le profesan sus compatriotas, y digno por otra parte del esclarecido nombre y valía del marino guipuzcoano.

La Excma. Diputación de esta provincia ha sido la primera en prestar su valioso apoyo á tan levantado pensamiento, aprobando unánimemente la moción presentada por tres señores Diputados y suscribiéndose por una cantidad respetable. Y no duda esta Junta que el ejemplo nobilísimo de la corporación provincial será secundado

por V. que con tan simpático cariño acoge cuanto pueda redundar en honra del solar bascongado, suscribiéndose por la cantidad que estime conveniente, á cuyo efecto podrá llenar la adjunta papeleta remitiéndola á esta villa.

Villafranca 22 de Junio de 1903.—Joaquín Sánchez de Toca.—El Obispo de Vitoria.—José Machimbarrena.—Fray Tomás Rodríguez, *Presidentes honorarios*.—Joaquín Guerezta, *Presidente efectivo*.—Bonifacio de Lasa, *Vicepresidente*.—El Marqués de Valmediano.—Julio de Urquijo.—Tomás Balbás.—Modesto Aguirrezabala.—Joaquín Pavía, *Vocales honorarios*.—Lucas Egoscozabal.—Ignacio Belaustegui.—José María Urteaga.—Isidro María Aizpuru.—Joaquín Ibarbia.—Francisco Jáuregui, *Vocales efectivos*.—Dionisio Imaz, *Vocal-Tesorero*.—Salustiano Iturrioz, *Vocal-Secretario*.»

Excusamos decir que la EUSKAL-ERRIA se adhiere con especial satisfacción á la hermosa idea objeto de esta circular y contribuirá, en todo cuanto esté á su alcance, á su más cumplida realización.

ENSAYO DE UN PADRÓN HISTÓRICO DE GUIPÚZCOA

según el orden de sus familias pobladoras

(CONTINUACIÓN)

Ondarza, Juan, jurado de Zumarraga 1478.—Juan Bautista h. Mondragón 1697.--Juan, h. Placencia 1592.--Juanes, h. San Sebastián 1665.—Domingo, h. San Sebastián 1773.—José Joaquín, h. Asteasu 1774. Ondarza y Galarza, D. Manuel, h. Mondragón 1710. El origen de esta alianza repetida en varias generaciones es el siguiente:

Juan de Ondarza, pagador de la casa real de Castilla del católico rey D. Felipe II y su continuo, natural y vecino de Vergara, hijo de Pedro Pérez de Ondarza y D.^a Magdalena de Munabe y nieto de otro Pedro Pérez de Ondarza y D.^a María de Irala, casó

en 1587 con D.^a María de Galarza, hija única y sucesora de don Miguel Martínez de Galarza y D.^a Magdalena de Achotegui, Señores de la torre de Galarza en Anzuola. Testó en 1604 ante Juan Pérez de Bercibar, fundando el mayorazgo de Galarza y una capellanía en San Juan de Usarraga.

Fueron sus hijos: D. Felipe, D. Pedro, D. Sebastián y doña María de Ondarza y Galarza, cuyos descendientes usaron con frecuencia ambos apellidos.

Ondramuño. El capitán D. Domingo, h. Idiazabal 1668.

Oña, Lope y Juan López, su hijo v. de Segura 1374.—Juan Pérez, v. de Mondragón 1461.—Andrés, Pedro y Andrés el mozo en 1530 y Juan y Pedro menor en 1566.

Oñaederra, D. José Antonio y D. Juan Ignacio, hijos de José de Oñaederra y D.^a Luisa Viquendi, descendientes de los solares de Oñaederra en Azpeitia y Balenciaga en Azcoitia, h. Cestona 1769. (Contiene este expediente un árbol genealógico trazado con sumo gusto).

Oñaederra y Aguirre, D. Ignacio, hijo de D. Felipe y D.^a Ana, nieto de Juan de Oñaederra, Señor del solar de este apellido en Urrestilla, y de D.^a María de Goenaga, su mujer, h. Azcoitia 1695. Casado el informante con D.^a Ana de Uria tuvo por hija a D.^a María Josefa; ésta con D. Antonio de Goicoolea, á D. Juan Antonio de Goicoolea; éste con D.^a Francisca de Ibarra á otro D. Juan Antonio, y éste con D.^a Ana de Colmenares á D.^a María Ana, mujer de D. Joaquín de Azcona.

Oñaederra y Ulacia, D. José, D. Ignacio, D. Lorenzo, D. Melchor y D. Fernando, h. Cestona 1804.

Oñate, Juan, Miguel y Juan Pérez, v. de Mondragón en 1461.

Oñati, García y Juan, v. de Legazpia 1407.

Oñatibia, Lope, jurado de Segura en 1390. Martín Sánchez, ferrón de Legazpia 1407. Miguel, hijo de Bautista de Oñatibia y Catalina de Echave, nieto por línea paterna de Pedro y María de Landa y por la materna de Francisco y María Ursula de Arrona; descendiente del solar de Oñatibia en Azcoitia, h. Cestona 1724. Francisco, h. Villarreal 1661. José y hermanos, h. Villarreal 1773.

Oñatibia y Ostolaza, Miguel Ignacio, Antonio Joaquín, Josefa y otros, descendientes de los solares de Oñatibia en Azcoitia y Ostolaza en Aya, h. Cestona, 1779.

Oñederra, (Juan), h. Azcoitia 1695.—D. José Antonio, h. Azcoitia 1769.

Oquendo Familia antigua de San Sebastián, consagrada al servicio y vida de mar y en la que se transmitieron de varón en varón, con los trofeos que los primeros ganaron y la tradición de su arrojo, una disposición natural instintiva para dominar las difíciles circunstancias que á cada paso se ofrecen en tan azarosa carrera, según frase de un docto académico y marino de nuestro tiempo.

Su primitivo solar radica en el término municipal de Salinas de Leniz, junto al profundo barranco donde nace el Deva, y conserva, en armonía con su situación, el nombre Okendo-ko.

De él partieron dos ramas, una que se estableció en Mondragón y otra que pasó á San Sebastián; durante el siglo XVI mantenían correspondencia familiar. El varón más antiguo de que hallamos mención en Guipúzcoa fué Pedro de Oquendo, vecino de Mondragón, que en 1426 concurreó con los oñacinos de dicha villa á la toma, quema y derrocamiento de la casa torre de Zalguibar, que era de pleito homenaje de la casa de Guebara y fué por ello condenado á la pena de muerte; si bien, lejos de ejecutarse ésta, se llegó á una transacción mediante la cual todos los sentenciados obtuvieron perdón, por escritura otorgada á 22 de Noviembre de 1429 ante Juan García de Olalde (1).

En fecha no muy distante de esta debió de hacer su asiento en San Sebastián este famoso linaje, según la filiación que sigue:

I

Antón Bono de Oquendo, casado con D.^a Isabel de Aguinaga, tuvo por hijos:

- 1.º Juan Bono, qae sigue esta línea.
- 2.º Martín Pérez, que sucedió en la casa de Esnategi-kalea y fué padre de María Pérez de Oquendo, mujer de Amador de Hua, y
- 3.º Domingo Pérez, cuyo estado no consta.

II

Juan Bono de Oquendo. Figura en San Sebastián como mayor-

(1) En Bizcaya aparecen como vecinos de Bilbao Martín de Oquendo en 1379, Juan Martínez de Oquendo y su madre D.^a María Pérez de Salcedo en 1402.

domo de la iglesia parroquial de Santa María durante los años de 1464 á 1471. Casó con D.^a Juana de Merquelin, hermana del bachiller D. Pedro de Merquelin; á la sazón vicario de dicha parroquia.

Fueron sus hijos:

- 1.º Martín Bono, que sigue esta línea.
- 2.º Catalina, casada con Juan de Jaimar.
- 3.º Perona, mujer de Miguel de Oa, Señor del solar de Oa en Usurbil.
- 4.º Simona, casada en primeras nupcias con Martín Pérez de Oa y en segundas con Miguel de Ernialde, y
- 5.º El bachiller Juan Pérez de Oquendo, juez eclesiástico foráneo del Arciprestazgo de Guipúzcoa.

III

Martín Bono de Oquendo. Fué mayordomo de la parroquial de Santa María desde 1475 á 1481. Casó con D.^a Catalina de Oyanguren Pérez de la Torre, hija de la casa de la Torre radicante dentro de los muros de San Sebastián y contigua á la torre del campanario de la expresada iglesia y á la antigua basílica de Santa Ana. Fueron sus hijos:

- 1.º D. Antonio, que sigue esta línea.
- 2.º Juana, monja en el convento de San Bartolomé, de San Sebastián.
- 3.º Isabel, casada con Domingo de Zuejo, en San Sebastián.
- 4.º Catalina, mujer de Juan Martínez de Iturrizaga, en la misma población, y
- 5.º María Pérez, Gracia Pérez y María Juan de Oquendo, cuyo estado no consta.

JUAN CARLOS DE GUERRA.

(Se continuará)





Discurso del Sr. Campión

pronunciado en los Juegos florales de Irún

EXCMO. SR.; SRAS.; SRES.:

Entiendo yo que la solemnidad que ahora estamos celebrando, posee significación más honda é importancia más alta que la de un concurso meramente literario. Aquí no venimos á luchar por la cultura; aquí venimos á luchar por la vida. La emulación que, con premios y lauros, se desea encender entre los escritores del pueblo euskaldun, no tira, en primer término, á enriquecer las páginas de futuras Antologías, aunque también interesa descubrir y recompensar el mérito. Lo que principalmente buscan los iniciadores y protectores de éstos certámenes, es dar público testimonio de que el país posee una lengua propia, para la que el patriotismo exige el amor y el respeto que le niegan los hijos espúreos del solar bascongado. De esta suerte el idioma nativo resuena en lugares donde, ordinariamente, está proscripto y el por diosero, apenas tolerado, sube á rey legítimo que recibe homenaje y pleitesía.

Esa trascendencia del certámen establecido por el Consistorio de

Juegos Florales de San Sebastián, perfectísimamente se hermana con el carácter de las Fiestas Euskaras que la ilustre Diputación de Guipúzkoa patrocina, así como el certámen. Pues á estas fiestas, de todas las de su género las distingue un noble recuerdo que, á manera de alma, las vivifica: el recuerdo del régimen foral, inícuamente extirpado de la realidad, pero no de nuestros corazones. Y cuando la Diputación en el programa de sus fiestas estampa la frase «según la usanza foral», no se propone representar *simulacros* arqueológicos para entretenimiento de muchedumbres noveleras, sino decirle al pueblo basko, con toda la solemnidad de Carlos I de Inglaterra ante el hacha del verdugo: «¡acuérdate!»

¿No os parece, señores, que yo emitiría una nota disonante si en medio de estas graves preocupaciones, encaminadas todas á procurar el bien común, disertara académicamente sobre tal ó cual género literario, sobre la importancia de éste ó el otro poeta, ó acerca de los rumbos que sigue ó debiera emprender la literatura baskongada? No es que yo menosprecie semejantes asuntos; antes bien, á mí, personalmente, se me antojan interesantísimos. No en vano, con mejor ó peor fortuna, me dedico, también, á las letras. Pero desde el momento en que estoy persuadido á que en estas fiestas, todo, directa ó indirectamente, procura la conservación de la personalidad euskara y la integración de sus elementos sustanciales, vengo obligado á aportar mi piedrecita á la erección de la muralla defensiva.

Ah! si esa muralla se hubiera de levantar contra enemigos exteriores, cuán fácil de construir sería! Cuán grata la labor, enlazadas las manos en los momentos de cansancio para reanimar la fuerza nerviosa desfallecida en el sentimiento de la fraternidad euskara! ¡Cuán acordes resonarían esos cánticos montañeses, expresivos de júbilo viril, con sus melancolías de niebla y sus profundidades de mar! Pero el enemigo que nos aniquila; el enemigo que ha de borrar hasta el nombre de *Euskaldunas*: el desalmado aventador de nuestras tradiciones, el sacrílego violador de los sepulcros pátrios, es enemigo doméstico. Vive entre nosotros, se llama como nosotros, pertenece á nuestra gente y familia. Parece como que la tierra, harta de beber sangre de oñacinos y gamboinos, de *beaumonteses* y agramonteses, de liberales y carlistas, hervoreea, se arremolina y forma el cuerpo de un mónstruo, nuevo. Ya Caín no mata á su hermano; ese es poco. Ahora Caín asesina á su madre.

Pocos pueblos conozco yo que iguallen al pueblo euskaldun en el

número de calificados motivos para, sin pueril jactancia, mostrarse orgulloso de sí mismo. Es un hecho que cuantos hombres de valer le han estudiado, ora mirasen á su historia, ora á su organización foral, ora á sus costumbres públicas y privadas, ora al tipo físico de raza, le alabaron sin reservas. Estos testimonios constituyen un espléndido *Libro de oro*, absolutamente irrecusable. Ojead sus páginas y encontraréis las firmas de políticos, de jurisconsultos, de historiadores, de sociólogos, de publicistas, de poetas, de viajeros insignes y de universal nombradía, á quienes ni ciega el amor patrio, porque eran extranjeros, ni alucina, tampoco, la comunión de ideas políticas y religiosas, puesto que unos son católicos, protestantes y libre-pensadores otros; y si éstos dan lustre á los partidos tradicionalistas y conservadores, fueron ornamento aquellos de los más radicales y revolucionarios. Maravilloso fenómeno!, hombres que sobre todas las cosas discrepaban, coincidieron, no obstante, en celebrar al pueblo basco!

Contra esta unánime y prestigiosa alabanza, empero, se alzó una protesta. De quién? Grima da decirlo. De los bascongados. Porque protesta es el afan inextinguible de novedades que, á modo de aura epiléptica, agita al país; ese afan de exotismo que le induce á modelarse sobre tipos sociales inferiores y á recorrer las fases de una verdadera evolución regresiva; protesta el desdén á la modestia de las antiguas costumbres; la grosería de maneras y expresiones; la indecorosidad de los modernos bailes populares; la difusión de ideas opuestas á la constitución cristiana de la patria; el industrialismo que saca del caserío al labrador para sumirlo en el taller, degenerando á la democracia rural en demagogía urbana; la indiferencia por la restauración foral, tan odiosa de suyo, que cuantos son reos de ella, procuran encubrir el rostro de renegados con la careta de amor á los fueros; protesta, por último, el olvido, el abandono del baskuenze, apostasía inexplicable de la cualidad de euskaldun.

I

No es ocasión de repetir lo que acerca de la importancia nacional del idioma expuse en libros y discursos. Para justificar ante vosotros, excusando otras pruebas, la constante ecuación que entre patria euskara y lengua euskara han de mantener mis palabras, baste observar que el Pueblo Basko no tomó nombre del territorio ni de los rasgos físicos

ó morales, sino del idioma. El habla es epónima del grupo étnico. Así es que si denominó *Euskaldun*, es decir, *Euskara-dun* al que posee el baskuenze, la conciencia colectiva de dicho pueblo estimó que con el lenguaje á una se evaporaba el baskonismo, ó sea, la nota distintiva y característica de la raza. Juicio digno de un gran psicólogo y de un gran político. La gravedad de la crisis actual estriba en que la dejación del baskuenze va pasando de la categoría de hecho inconsciente, involuntario, á hecho voluntario, consciente, perpetrado con deliberación que busca la ignominia del aplauso. En esta materia, como en otras muchas, se ha perdido el sentido de lo justo y de lo injusto. Se obra el mal y se afirma que es el bien.

Citaré tres casos típicos y por fortuna excepcionales, de repudio deliberado del baskuenze acaecidos en Nabarra, Bizkaya y Gipuzkoa. El caso nabarro es como sigue: Una señora, cuyo nombre deploro no recordar en este momento, instituyó una fundación de escuelas en Ituren, señalando capital, relativamente cuantioso, para la construcción del edificio y sueldo de los maestros. Esa señora, al revés de lo que acontece á los bienhechores que rinden parias á la *superstición escolar* de que pienso hablar luego, se acordó de que era baskongada y previno que en el nombramiento de maestro y maestra, cuyo encargo confería al Municipio de Pamplona, se otorgase la preferencia á los solicitantes que poseyesen el baskuenze. Andando el tiempo vacó la plaza de maestro y el Ayuntamiento de la capital cubrió la vacante con persona que ni sabía baskuenze ni siquiera era nabarra, no obstante que entre los pretendientes había profesores revestidos de ambos títulos. Un querido amigo mío, el Sr. Aranzadi, protestó en los periódicos contra aquel delito de lesa-patria, y yo, á la sazón enfermo, envié desde la cama cuatro lineas adhiriéndome á la protesta. Sabéis, señores, lo que sucedió entonces? Que desde Ituren remitieron á la prensa una contra-protesta aplaudiendo el nombramiento, cebándole para que produjese todo el estrago posible. «Este Ayuntamiento—decía el papel—Junta local y Padres de familia han recomendado siempre á los maestros que no permitan nunca que sus discípulos hablen el vascuence dentro ni fuera de la escuela, pues desengañados estamos que lo que necesitan los jóvenes es saber castellano, idioma universal de España y América, que es donde los hijos de este pueblo han de desenvolverse en el estudio de sus carreras y profesiones». Así, como lo oís, brutalmente, sin velo ni rebozo; el utilitarismo más pedestre y

grosero; utilitarismo de aldeanos codiciosos. Los hijos de Ituren son declarados género de exportación ultramarina, á quienes se ha de poner en condiciones aceptables para el mercado. Figuraos, señores, cual habrá sido, con tamaños estímulos, la labor de ese maestro que dejaba las parameras de Castilla por cosechar las *brevas* que á veces crían las *incultas* montañas euskaras! La luna de miel del payo y el dómíne terminó pronto, sabe Dios porqué; según he leído, el Fulañez ha renunciado la escuela de Ituren y se marcha á *europaizar* otros lugares con su castellano.

Sin duda, el mismo espíritu utilitario que soliviantó á los baskongados de Ituren contra el baskuenze, instigaría el *ojeo* organizado en Busturia contra esa lengua. Este es el caso bizkaino. El maestro de dicho pueblo, —para mayor ignominia, euskaldun de raza y lengua— se distinguía por los crueles castigos impuestos á los niños que hablaban en baskuenze dentro ó fuera de la escuela. La Junta provincial de instrucción pública, á propuesta del diputado D. Sabino de Arana, le apercibió ó amonestó severamente, y el maestro para disculparse, publicó en el *Noticiero Bilbaino* un comunicado, haciendo constar que obraba por instrucciones de los padres de los escolares. A mi noticia no ha llegado ninguna rectificación.

Veamos, ahora, el caso guipuzkoano, no tan inaudito, seguramente, como los anteriores. Y digo que no es tan extraño, porque la profesión de determinadas ideas conduce lógicamente á la negación de la patria. Consiste el caso en las siguientes palabras de los obreros socialistas de Eibar, publicadas por algunos diarios de San Sebastián. «Hablamos vascuence porque no sabemos castellano. Nosotros hablaríamos con muchísimo más gusto en éste idioma, pero querer no es poder». Verdad; pero querer dejar de ser baskongado, es ya no serlo.

Faltaríamos á la justicia, si de estas odiosísimas infidelidades, hiciéramos responsables á los aldeanos de Ituren y Busturia y á los obreros de Eibar. Detrás de aquellos, á guisa de apuntadores, encontraríamos al *jauncho* rural, graduado de Doctor en las Universidades periodísticas rotativas, el *indiano* de retorno que en su aldea representa el papel del asno cargado de reliquias; detrás de éstas, al *industrial* de la lucha de clases, dueño de tabernas donde á una con los vasos de vino, se expende la *buena nueva*. Pero no es mi ánimo depurar responsabilidades, sino extraer de estos casos típicos las sugestivas enseñanzas que encierran. Y es la primera: los enemigos declarados

del baskuenze, forman dos grupos; el de los utilitarios que sólo consideran la menor facilidad que para el comercio de la vida suministra el baskuenze, obstáculo á la rápida difusión de sus ideas. Y es la segunda: que existen baskongados para quienes la posesión de su idioma significa cierto estado de inferioridad intelectual y social, de que esperan redimirse renunciando al habla de sus padres. Procedimiento más fácil y expedito que no el adoptado por todos los pueblos modernos de Europa, cultivar y perfeccionar sus lenguajes rústicos, hasta elevarlos al rango de lenguas cultas y sabias. Así es que yo no conozco ejemplo de pueblos que se hayan deshecho de su lengua nacional, como de ropa vieja é inservible. Para encontrar una mentalidad semejante es preciso acudir á Aguinaldo y sus tágalos, los cuales, en su alegato de agravios contra España, incluyeron el de que no se les había enseñado el castellano. Lo veis, señores? los enemigos del baskuenze en Ituren, Bustúria y Eibar, son gente de *taparrabos*, son los tágalos de Baskonia.

Nuestra amadísima lengua corre peligro de muerte. Al parecer, se pueden contar los pasos que la separan del sepulcro. El lugar donde, por tanda, se están celebrando este año las Fiestas Euskaras, con mayor insistencia que otro alguno nos invita á solemne meditación sobre esta muerte. Más de prisa que en San Sebastián, padece Irún la deseuskarización de su vecindario. Cualquiera diría que el casco del pueblo es colonia alienígena, habitada, también, por algunos centenares de baskos, pero de baskos cohibidos, apocados, que, ó se avergüenzan, ó no se atreven á manifestar su naturaleza.

(Se continuará)



MARINOS ILUSTRES DEL SOLAR BASCONGADO

(CONTINUACIÓN)

Solo su arrojo y sangre fría pudo salvar el navío, con admiración de cuantos presenciaron sus hábiles maniobras. Salvóse también el Marqués de Torrecuso, preso con su hijo en el galeón *San Mateo*, del cargo de D. Gaspar de Caraza, de una muerte segura, pues un golpe de mar lo arrojó á las encrespadas olas, costando extraordinarios esfuerzos al intrépido capitán Caraza recogerlo medio ahogado de aquel horrible hervidero de espumas. Por su arrojo y pericia recibió el capitán Echeverri calurosas felicitaciones del general Duque de Nájera, que lo recomendó con eficacia á la Corte, á donde marchó con licencia tan pronto dió fondo en Cádiz su galeón.

En 5 de Mayo, antes de emprender nuevo viaje á Cádiz donde le esperaba el apresto de uno de los mejores navíos de la flota de Tierra Firme que se organizaba bajo la dirección del general D. Jerónimo Gómez de Sandoval, escribió á su madre larga carta en que, entre otras cosas que acreditan sus ventajosas condiciones morales, decía que no habiendo resultado bueno el anterior retrato, le remitía otro hecho por el pintor del Conde Duque. De donde se deduce que debe existir un retrato de D. Juan de Echeverri hecho por el coloso de la pintura D. Diego Velazquez de Silva. Le acompañaron sus hermanos Domingo y Jacinto, aquél con plaza de Alférez Real y éste con la de cabo de Guzmanez con nueve escudos de sueldo al mes.

Llegaron á Cádiz el Jueves, día de la Ascensión, y, con los galeones fuera de carena, hallaron apretadas órdenes disponiendo que todos los cabos hicieran pleito homenaje de no llevar ni traer en sus naos

cosa alguna, pues se tenían noticias de que los capitanes permitían embarcar en sus galeones los artículos más codiciados en las Indias que vendían con pingües ganancias. Se negaron todos á prestar el juramento y dejaron sus puestos. Nuevas órdenes más blandas no tuvieron eficacia y en la tercera se les pedía por piedad que continuara cada cual en su sitio disponiendo la brevedad del viaje. Esto no obstante, llegó el mes de Julio y cuando más descuidados estaban se presentaron tres Oidores en la Armada, que hicieron pesquisa y registraron hasta los últimos rincones. Y eso que las cosas habían venido ya muy á menos, tanto que cada capitán se encargaba de sufragar los gastos de su galeón. Echeverri en este viaje hubo menester solo para el matalotaje más de dos mil pesos, y no teniéndolos se vió obligado á vender su plata.

Se componía la Armada de diez galeones de guerra y un patache. Su general D. Jerónimo Gómez de Sandoval y Almirante D. Pedro de Ursúa. General de la Flota D. Luis Fernández de Córdoba y Almirante Asensio de Arriola. Sancho de Urdanivia mandaba la nao *Gallega*, Echeverri el galeón *Cueva*, la urca el capitán Zabala y el patache Juan de Ilarraya. Dieron la vela la noche del 21 de Julio y al amanecer, disipada la niebla, vieron que con viento largo se acercaban en son de combate veinticuatro navíos de guerra y doce de fuego. Era la armada del Marqués de Bresé, salida de la Rochela tan cautelosamente que no se tuvo noticia hasta que con su inesperada presencia sorprendió á nuestros galeones que navegaban descuidados.

Como tenían el barlovento fué fácil á los franceses utilizar sus navíos de fuego, poniendo espanto en nuestros marineros que se arrojaban al mar, prefiriendo ahogarse á perecer abrasados. El combate fué porfiado, sublimándolo los franceses como ellos solían hacerlo. Solo perdimos el galeón *San Juan* y con él su capitán Marqués de Cardenosa y el patache que se sumergió. Distinguiéronse notablemente Sancho de Urdanivia y D. Juan de Echeverri, pues mientras sostuvieron el combate, la flota, aprovechando la ocasión, volvió al puerto, siguiéndola los galeones, con crédito, cuando llegada la noche suspendieron los enemigos la pelea.

Este contratiempo ocasionó nuevo retraso en la salida de la Armada, por falta de dineros con que reparar las averías y sustituir las naos perdidas. Las que quedaron se hallaban con el tercio menos de gente y al mediar Agosto faltaba ya la mitad; y eso que el Rey dispuso die-

ra toda la suya, si fuera necesario, la Armada del Océano. A tan lamentable extremo llegó el apresto de nuestras armadas y tales responsabilidades se exigían á los generales que por no consentir el Gobernador de Cádiz, Duque de Ciudad Real que el de Maqueda, general de la del Océano, echara en tierra un bando, se desafiaron, dándose de cuchilladas en el camino del Puerto de Santa María al amanecer del 18 de Agosto

El primero salió con herida en la cabeza y el de Maqueda con estocada en la barriga, que se reputó de grave. «La causa ha sido bien leve—decía Echeverri á su madre—y así le culpan á Maqueda de haberle desafiado que Ciudad Real nunca pudo dejar de aceptar.»

En el entretanto, el Consejo de Indias mostraba la preocupación que á tantos embargaba, por el retraso en la salida de los galeones, transmitiendo al general y almirante órdenes severas unas, otras suplicantes, para que aceleraran la salida; y queriendo conocer al pormenor los medios más rápidos que se podrían emplear en el viaje de regreso, sabiendo que Echeverri tenía hecho derrotero especial de todos los pasos en los caminos de Indias, D. Fernando Ruíz de Contreras, á nombre de la Junta de Guerra, le pidió relación particular de la navegación que pudiera hacerse desde Cartagena y Portabelo para desembocar por el paraje de Caicos y tiempos del año más propios para ello. Sin pérdida de momento envió Echeverri un derrotero completo y minucioso con todas las particularidades necesarias de tiempos del año en que se debía salir, corrientes de agua, surgideros y sus fondos, bajos y alturas, etc.

Terminado por fin el apresto con mil trabajos, salió la armada el 23 de Septiembre y con feliz viaje y muy favorable y útil retorno volvió el 30 de Junio de 1641 con grandes precauciones por el peligro de caer en manos de la escuadra luso-holandesa que pretendía interrumpir nuestras comunicaciones por el Atlántico. Contra ella se aprestó en Cádiz otra de algún respeto por el Duque de Ciudad Real, y, formando parte no escasa de la misma los galeones de Indias del cargo de D. Pedro de Ursúa, es de presumir que por esta circunstancia y por tener con el general tan íntimas relaciones, concurriera Echeverri á aquel hecho de armas que tanto contribuyó al crédito de Ciudad Real, porque derrotadas las dos escuadras combinadas, dejó libre á nuestros galeones el camino de las Indias.

Pero donde se nos muestra con más enérgicos relieves el espíritu organizador de Echeverri es en la campaña de 1642.

Teniase por cierto en la Corte y no sin motivo que los franceses se aprestaban con suma diligencia y con enormes elementos de guerra terrestres y marítimos á proseguir la de Cataluña y que hasta su propio Monarca trataba de tomar, al frente de sus ejércitos, la dirección de la campaña, dando así á la insurrección catalana más calor del que desgraciadamente tenía. Confiaban en que, como á Portugal, á quien tanto apoyo habían prestado conseguirían disgregar aquella provincia de la Patria española. Esta fué por entonces, antes y aun mucho después la política francesa. Los momentos eran críticos en extremo y fué necesario afrontarlos con ánimo sereno y resolución enérgica, organizando ejército de tierra y aprestando á la vez armada capaz de medirse con las enemigas.

Para dar más autoridad al suceso dispuso el Conde Duque de Olivares dirigir las operaciones con un soberbio alarde de omnipotencia, despachándose título de teniente general del Rey.

Se aprestó en Cádiz, bajo la dirección de su gobernador, Duque de Ciudad Real, con mando en Jefe, armada que se hizo ascender á treinta y un navíos, dos fragatas y tres pataches, seis navíos de fuego, seis tartanas y treinta y cinco barcos luengos. Es de notar la especial organización que se dió á tan importante armamento. Por lo pronto dispuso el general que nuestro inteligente marino embarcara en la capitana. Era D. Juan Alonso de Idiaquez y Robles soldado valeroso y en más de una ocasión había dado pruebas inequívocas de que, como general, sabía dirigir un ejército. Pero ajeno á los azares de la mar, ni él mismo tenía confianza en sus presuntas dotes marineras. Se la inspiraba en cambio muy cumplida su joven capitán de banderas, en quien se había ya despachado título de gobernador del Tercio de galeones. Le conocía perfectamente, pues se trataba del hijo de Domingo de Echeverri, de aquel leal servidor de su abuelo y aun vivía doña Mariana de Rober, su madre, mujer excelente, por cuyas manos corría aun la administración de una gran parte de los estados y caudal del prócer. Nada tiene, pues, de extraño que conociendo las sobresalientes condiciones que atesoraba Echeverri sometiera á su notoria capacidad una gran parte del plan de la árdua empresa que se le había confiado.

Las órdenes recibidas de la Corte eran terminantes: destruir, aniquilar las armadas francesas y meter los socorros en las plazas sitiadas. Para lo primero, aunque con notable inferioridad numérica, pues no se pudo evitar que la armada francesa del Océano embocara el estrecho

de Gibraltar y se uniera á la del Mediterráneo, tenían ánimos nuestros marinos, como que casi todos habían peleado á las órdenes de Oquendo y de Ibarra y aun estaba fresco en la memoria el recuerdo del combate de Cabañas contra duplicadas fuerzas aguerridas y curtidas, cual los holandeses, considerados á la sazón por los mejores marinos del mundo. En su virtud, adoptaron el más seguro, breve y expeditivo plan de combate, atacar al enemigo al abordaje. A él obedeció la organización de la Armada en ocho escuadras de tres navíos cada una y siete sueltos, como reserva para acudir adonde más comprometidas estuvieran nuestras fuerzas. Tenían puestos en ellas los Almirantes don Juan de Irrarra, D. Tomás de Echaburu, Juan Miguel Balaqui, Pedro de Oronsoro, el capitán de mar y guerra Esteban de Echaniz, Juan de Salazar. Tomás de Mundaca mandaba la fragata *San Fernando*, Cristóbal de Salinas y D. Antonio de Verastani navíos de fuego. Por Almirante general el intrépido Sancho de Urdanivia. Es indiscutible que, desde el Capitán general, D. Juan Alonso de Idiaquez, casi todos los puestos importantes de la Armada iban á cargo de marineros bascongados. Veedor general, D. Juan de Otañez, futuro suegro de Echeverri con quien á la sazón no le unía vínculo alguno de amistad y Proveedor, D. Luis de Oyanguren.

FRANCISCO SERRATO.

(Se continuará)



PINCELADAS DE BASCONIA



Ceremonias, juegos y bailes campestres

Aquella mañana en que los moradores de nuestras montañas caminaban hacia el pueblo ó ciudad grande. ya con cestas cargadas de hortalizas, ya con borriquillos portadores de enormes marmitas de leche, formando grupos interesantes por aquella inocencia y candor, por aquellas espontáneas risotadas precursoras de la felicidad de nuestros caseros y prueba patente de la tranquilidad que las más de las veces reina en sus espíritus; jamás me olvidaré de ella; el ambiente agradable que saturaba la atmosfera, las mil maravillas que la naturaleza tiene condensadas en las montañas bascas, los cuadros inolvidables que á su recorrido sugieren á la vez que recuerdos indelebles y pensamientos sublimes para el filósofo; enriscadas peñas, aparatosas cataratas, espumosas cascadas, torrentes que mugen, valles que encantan, vegas que llaman, santuarios que recogen, cierta indecisa niebla que cubría las crestas de los montículos, y otros tantos pasajes deslizaron á mi vista en dicha mañana dulce, melodiosa, de Mayo..., de Junio..., no sé de cuándo; mañana semi-divina. Marchábame á una bulliciosa aldea guipuzcoana donde celebraban una fiesta típica y tradicional; la invitación que para presenciar el acto había recibido no podía dejar desatendida. La animación más grande alegraba con notas características las contadas calles del pueblo; gentes campesinas llegaban á visitar la iglesia donde se estaba preparando la más hermosa procesión de todo el año; luminarias sin cuento de pedían hacia las bóvedas densas humaredas y sus titilantes llamas daban un aspecto inusitado al templo; menudeaban las ofrendas en testimonio público de la fé euskalduna y de cre-